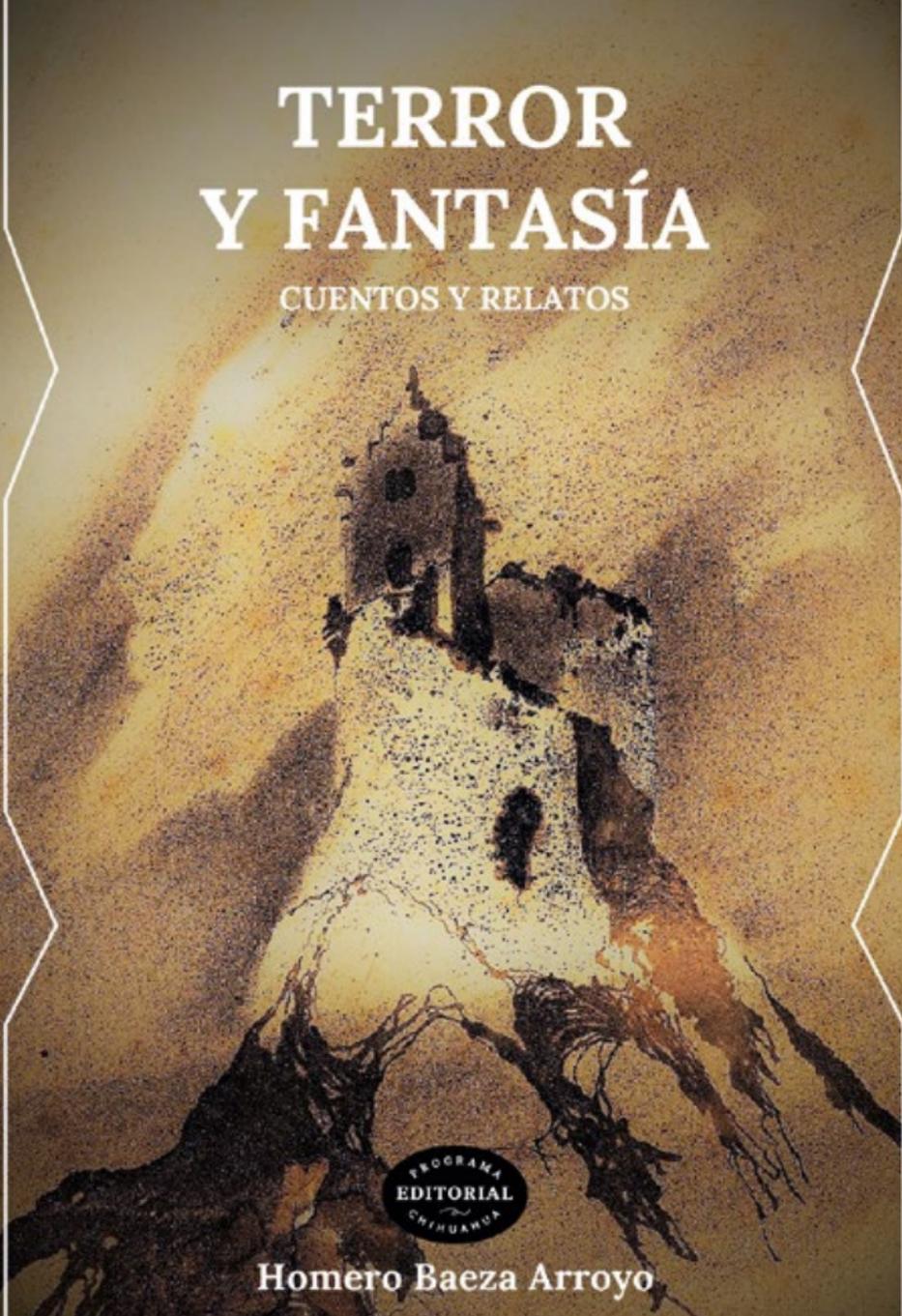


TERROR Y FANTASÍA

CUENTOS Y RELATOS



PROGRAMA
EDITORIAL
CHIHUAHUA

Homero Baeza Arroyo

Terror y fantasía

Cuentos y relatos.

Homero Baeza Arroyo



Colección
Con trayectoria

Marco Antonio Bonilla Mendoza

Presidente Municipal de Chihuahua

María Fernanda Bencomo Arvizo

Directora del Instituto de Cultura del Municipio

Vocales Editorialistas (Jurado)

Alfonso Granillo

Aranza Domínguez

César Ilzivir

Cynthia Piñón

Gustavo Macedo

Ruby Myers

Verónica Granados

Víctor Hernández

José Arturo Santillanes Hernández

Programa Editorial

Heber Mauricio Rivera Anguiano

Fomento a la lectura

Diseño y maquetación

 **@somoscreatura**

Avenida Juárez y calle Sexta, #601,
C.P. 31000, colonia centro.

ISBN en trámite ante INDAUTOR

Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de esta obra por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, sin permiso previo por escrito del autor y del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua.

PRIMERA EDICIÓN / AÑO 2024



Sin los libros, las mejores cosas de nuestro mundo se habrían esfumado en el olvido.

—Irene Vallejo

Pocas cosas han influido tanto en el desarrollo y transformación de la historia humana, como la invención de la escritura, pues escribir nos permite moldear y dar forma al pensamiento en una proporción no alcanzada por ninguna otra de las artes. Así, desde el Gobierno Municipal seguiremos promoviendo el Programa Editorial Chihuahua (PECH), por medio del Instituto de Cultura, ya que ello representa una oportunidad para los nuevos escritores.

Debemos recordar la importancia del PECH como una colección de obras que ha dado y dará voz a las y los autores chihuahuenses, pues la literatura, es decir, el arte de la palabra escrita, es un instrumento y una habilidad que nos brinda identidad. Las personas son lo que leen, y también lo que escriben. Para este año, además, conscientes de que nuestra infancia y nuestra juventud también merecen un espacio propio, presentamos por primera vez la colección infantil y juvenil.

De esta manera, el gobierno municipal continuará apoyando a las y los autores locales, como una muestra de su compromiso con las artes y la cultura chihuahuenses.

Marco Antonio Bonilla Mendoza

Presidente Municipal de Chihuahua

*La primera persona en la que
deberías pensar en complacer al
escribir un libro es a ti mismo.*

–Patricia Highsmith

En el Instituto de Cultura del Municipio estamos muy contentos de presentar la nueva colección del Programa Editorial Chihuahua (PECH) 2024. Programa que sigue siendo un espacio vital que da voz a las y los autores locales, cuyas obras reflejan la riqueza y diversidad de nuestra cultura. Hoy, más que nunca, es crucial seguir publicando relatos, cuentos, poemas y novelas de alta calidad, y nos enorgullece anunciar que, por primera vez, también incluimos literatura infantil y juvenil.

Agradecemos profundamente a nuestros autores, a la comunidad cultural, y al invaluable apoyo del Gobierno Municipal, que hacen posible que este proyecto siga adelante. Sigamos formando nuevas generaciones de lectores que fortalecerán el tejido cultural de nuestra sociedad.

Con gratitud y alegría,

María Fernanda Bencomo Arvizo

Directora del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua

Prólogo:

Has abierto este libro. No hay posibilidad de retorno. Entraste a mi morada. Aparentemente detenido, en tonos grises, permanezco entre las ramas y escucho el aletear de los pájaros oscuros.

Estoy alerta. Escondido entre la oquedad de mi rostro y siempre atento, escudriño los ojos del lector curioso.

Y ahora, lees los primeros renglones, abres la puerta de un lugar en donde la imaginación se desborda y el terror te conducirá hacia la reflexión de lo inefable. ¿A qué le temes? ¿A las tinieblas? ¿Al silencio? Si miraras los objetos cotidianos con una iluminación distinta, desde un ángulo inusual, te darías cuenta del matiz pavoroso de casi todo, y de las lecciones escondidas en las grietas de los muebles, en las esquinas de los cajones de tu propio escritorio.

El temor no nos acecha, nos habita.

Nos pone en los ojos un velo. Para donde dirijamos nuestra mirada encontraremos su cara y sus gestos.

Entre lo tangible y lo intangible transcurre la existencia. La lectura abre una fisura en el tiempo y estás ya a un paso de internarte en las incertidumbres que yacen en lo más recóndito del ser humano. Te encontrarás con lo indescriptible, con las complejidades de la vida y situaciones límite y quizá, no puedas distinguir si los personajes de estas historias tienen los párpados abiertos o cerrados. Si son imaginarios o se encuentran a tus espaldas

observando con atención la siguiente línea, el punto o la coma; y si el sonido de la vuelta a la página es realmente el murmullo del papel o un quejido casi inaudible de lo desconocido.

No pretendo erizarte la piel. Solo disponerte a disfrutar de un despliegue lingüístico pleno de ingenio, de humor, pero también de zozobra por la vida y la muerte; a experimentar el dolor de la pérdida y la transformación radical del alma. Quiero acompañarte en estos escenarios fantásticos, llenos de misterios, de retos, de soluciones encontradas o finales trágicos de quienes dan fuerza a estos relatos de Terror y Fantasía.

Sigues vivo. ¡Reflexiona sobre la fragilidad de la existencia!

En las páginas siguientes te adentrarás en un intrincado laberinto. Los límites entre lo real y lo imaginario se desdibujan, la realidad se entrelaza con lo sobrenatural y los horrores más insondables encuentran su morada. En este libro, las narraciones te sumergirán en el oscuro universo de lo inexplicable, en donde los fantasmas del pasado, los celos desatados y el miedo paralizante transitan por sus planas.

Explorarás los recovecos sombríos de la mente humana y podrán quedar al descubierto tus más hondos temores. Adéntrate con cautela en estas páginas, pues al cruzar el umbral, tal vez no puedas escapar del abrazo de la oscuridad... o de la luz.

Conocerás personajes cuyos afanes cambian al roce con lo indescriptible, así, el perdón y la reconciliación podrían significar una salida; el amor, un escape

ideal. Tendrás contacto con otros, sumergidos en la incertidumbre del último suspiro, los escucharás explorar sus desasosiegos y esperanzas a cada paso hacia lo desconocido. Y también mirarás de cerca objetos en apariencia malignos y se te agitará el pulso al seguir al protagonista en su lucha contra fuerzas más allá de su comprensión y podrás percibir el combate eterno entre la luz y la oscuridad.

¿Qué secretos guardan los seres etéreos? ¿Qué sombríos designios se mueven en las habitaciones de una casa? Las figuras espectrales acechan, manifestándose en los momentos más inesperados. Ten precaución, respira hondo, mira a lo lejos por un momento, porque podrías encontrarlos en cualquier página.

Pero continúa con la lectura, acompaña a los protagonistas en su inquietante encuentro con lo inexplorado. Serás testigo del desgarrador desenlace de un amor marcado por la obsesión, y te preguntarás, ¿hasta dónde puede llegar la furia de los celos? ¿Qué consecuencias traerá una ruptura amorosa cargada de resentimiento y violencia? Podrás asomarte a este manojito de hojas y quizá te topes con oscuros demonios.

¿Alguna vez te has preguntado si el movimiento de las sombras en las paredes de tu habitación corresponde a cuerpos reales? En el discurrir de este compendio te sumergirás en el terror psicológico de una mujer atormentada por una presencia invisible, al ser perseguida en la lobreguez de su propia casa.

¿Qué horrores atisban en la noche y podrían

conducirnos a sucumbir ante el abismo de la paranoia?

Inevitablemente, reflexionarás sobre la complejidad de la experiencia y la búsqueda constante de significado en un mundo lleno de desafíos y maravillas. A través de sus páginas tienes la oportunidad de indagar en las profundidades del alma humana y te enfrentarás a la belleza y la tragedia que reposan en tu propio corazón

Homero Baeza no escatimó en palabras ni en técnicas, tampoco en escenarios y logró reunir cuentos entre dos cubiertas en donde atrapa un sinfín de emociones, estrujantes algunas, otras serenas y de aceptación ante lo inevitable. Al parecer, su intención ha sido no dejarte indiferente.

Aún tienes vida y aliento. Y lo que no ves, te observa y conoce tu vulnerabilidad. El autor te dice entre líneas: “mira más allá, más lejos, más, de otra forma, y descubrirás nuevas maneras de percibir”. Quizá no busque asustarte -o tal vez sí-, pero te ha invitado a unirme al banquete de historias en donde una serie de personajes se enfrentan a situaciones y decisiones cotidianas que toman un cariz siniestro, perturbador, y los lleva a buscar medios para protegerse de las influencias malignas.

Disfruta la lectura y el dolor de tu piel erizada.

Cuando concluyas, yo seguiré aquí, en silencio, adherido a la portada.

Verónica Granados Armendáriz

Chihuahua, Chih.

Mayo 31, 2024

Para todos los lectores y viajeros empedernidos que transitamos a diario por los pasadizos del terror y la fantasía de vivir al filo del espejismo, como protagonistas o simples observadores de lo increíble, ante una realidad evidente, en compañía de personajes terroríficos y fantásticos.

En especial, a los maestros y escritores: Jorge Guerrero de la Torre, por sus atinadas conducciones, y a la maestra Verónica Granados Armendáriz por su amistad, escribir tan interesante prólogo y auxiliarme en el diseño de la portada.

Terror y fantasía

Cuentos y relatos.

Homero Baeza Arroyo

FANTASMA

Existe en mi casa una figura fantasmal. Se aparece cuando le da su gana.

No importa la hora del día o de la noche. Tiene una tristeza sepulcral en su mirada y ésta, puede cambiar en un abrir y cerrar de ojos por una sola mueca, con la escandalosa carcajada.

Quiero hablarle al cura del pueblo, o a las autoridades correspondientes y pedirles ayuda, porque ayer en la media tarde, se atrevió a pedirme una plática siniestra, acompañada de un café negro y sin azúcar. Insistió bastante, pero eso me hizo especular y recapacitar con detenimiento. Por el momento me sentí inquieto. Desconfié de ella cuando me propuso la hora de reunirnos.

Sería a las doce de la noche, con traje de etiqueta, y en el cementerio más cercano.

No me quedó otro remedio y sin pensarlo mucho, le rechacé la cita siniestra.

CELOS

Maldiciendo desde adentro y con el sufrimiento dibujado en su rostro, fingió una gentil sonrisa para cubrir los incontenibles celos, cuando se sintió arrastrado a un visceral rompimiento de su compromiso amoroso con su inocente pareja.

En la solemnidad del adornado templo, frente al sacerdote, esperando la bendición de su matrimonio, se despidió de su vida y se llevó con ella en varios disparos a su candorosa prometida. No sabe si lo hizo antes o después, porque se ha confundido en el tiempo, pero ahora, arrepentido y en un estado de doble culpabilidad, se lamenta navegando en la incertidumbre del futuro que le espera. Aún conserva el dedo en el gatillo del arma mortal, y en su sien derecha, el orificio por donde entró apresurada la metálica muerte.

Un remolino de aullidos y gritos desesperados en tumulto, le perforaban los oídos, y la risa hipócrita se le convirtió en una mueca de angustiante dolor y llanto, como un ronco estertor brotando desde sus adentros. Su cuerpo caído, se sigue estremeciendo sobre las baldosas frías, en un enorme charco de sangre y pesar para él desconocido. Está solo, no entiende lo sucedido ni sabe qué hacer con su muerte y la de su futura esposa. Algo se desprende de su cuerpo yerto y empieza a ver desde otro plano los acontecimientos provocados por

él mismo. Atemorizado busca a su pareja muerta, pero se confunde y pierde entre los movimientos, quejidos y sombras perturbando su cerebro y sus carnes vivas todavía en una dolorosa agonía. Implora temeroso el perdón inmerecido y con el arrepentimiento en sus manos, lo ofrece como soborno. Suplica lo acepten y no lo juzguen sin la piedad necesaria para cualquier pecador humano.

Cuando se dio cuenta de lo sucedido, aún permanecía sobre el suelo de mármol, en un charco de sangre y con una inmensa culpa en su corazón. Empezaba su trayecto y su cuerpo no se movía del lugar donde había caído. Sentía golpes en su pecho y en sus oídos, las maldiciones de quienes iban a convertirse en sus parientes. A lo lejos y en constante aguijoneo, escuchaba el doloroso barullo de los llantos desconsolados y las sirenas de las ambulancias. Se había ido, pero permanecía peligrosamente suspendido en el hilo de la clemencia.

De aquella comprometida situación, pasó como un suspiro silencioso a la llanura del punzante suelo, con el viento incontrolable y la arena de filosa sílice, que le rompía la piel cuando lo atormentaba en todo su cuerpo.

¡Pero en qué momento se convirtió en el Otelos legendario, engañado por su mejor amigo!

¿Por qué no fue capaz de controlar su ira? Se siente demasiado solo. Nadie viene a su encuentro, y por varias horas antes de sufrir el conge-

lante frío en sus carnes y con las heridas en su piel, producidas por las filosas navajas del viento, cuando empezaron a cortar hasta sus huesos, abandonados en una morgue fría antesala de su maldecida tumba.

Muy de cerca, casi sobre él, solo le acompañaban en su torturante camino, un grupo de satánicas y espectrales figuras, riendo y burlándose de su cómplice y empobrecida alma, obligándolo a seguir sin ningún remedio, a dónde todavía no podía admitir esa cita, para encontrarse con su funesto destino. Su vida pasó por la mente destruida, en una grabación de imágenes con el detalle de sus acciones en la historia de su existencia, donde se veía con claridad, una notoria obsesión de apoderarse de lo ajeno y cuando lo conseguía, su mezquindad se acrecentaba, al grado de convertirla en avaricia.

A lo lejos, cuando alzó sus ojos en busca de una piedad celestial, alcanzó a ver el alma de su víctima perderse en el cielo al entrar a un cúmulo de nubes blancas y luminosas. Gritó de coraje, impotencia y arrepentimiento, luego, su llanto se convirtió en un lastimoso aullido y se unió al de los demás condenados. Ellos, permanecían suspendidos en un tormento, esperando en las antesalas negras del pavoroso infierno, para después trasladarlos hasta donde pagarían por una eternidad, el resto de la condena correspondiente a sus atroces pecados en sus eternas muertes.

MIEDO

Sintió cuando la tocó varias veces en la mejilla izquierda. Fue como una caricia fría hecha con un solo dedo y le provocaba, se estremeciera todo su cuerpo.

A partir de esa noche, no tuvo un solo instante de paz y descanso. Permanecía en silencio, apagada, tratando de no hacer ningún sonido y si hablaba, era muy quedo, siempre por lo bajo, ante el temor de ser escuchada. Se le veía callada y pálida, desdibujada en las paredes y los rincones de su casa. Cualquier ruido por leve que fuera, la asustaba y la ponía en alerta. La última vez, cuando levantó la voz, fue para ordenar enérgicamente casi a gritos, cerrar todas las puertas y ventanas.

—¡Sellen todas las rendijas por donde se pueda adentrar algún ruido, olor o viento, y no debe pasar nadie ni nada! —gritaba desesperada. Era demasiado el terror y el miedo acumulado en su alma. A cada momento se santiguaba y rociaba agua bendita repetidas veces, en su cara y en todo su cuerpo. También dijo:

—Ya me ha visitado varias veces, siempre a la media noche o muy de madrugada.

Pero nunca se la llevaba, solo la dejaba inmóvil y fría como una estatua de piedra. Desde entonces, no dejaba de rezar el rosario en voz baja, como una monja enclaustrada y buscando el perdón de sus

pecados. Habían pasado nueve días desde la última visita, pero ella sabía de su regreso con ese susurro callado, cuando se escuchaba en las noches por todas las habitaciones de la casa, donde dormían y ella podía caminar tranquila sin tropezar con ningún mortal.

Su cuerpo se había sepultado al día siguiente de su fallecimiento, pero la muerte, nunca se acordó de regresar por su alma. Tal vez, estaba muy ocupada en su trabajo con los difuntos de la pandemia, y... viéndose tan apurada, dejó a esta infeliz para después venir por ella, cuando le quedara más tiempo libre.

Total, al final si no te lleva la muerte, el miedo te carga por estar tan asustada y así, vagarás con tu desamparo por todos los espacios llorando tú desgracia.

LA CABEZA

El dolor era extraño e intenso, en el mismo lugar del cuerpo y con la fuerza religiosa concentrada en su pecho, cuando extravió su cabeza. Como todos los días rumbo al centro de la ciudad, se atravesaba a mi paso apresurado, ese solitario parque con sus amplios andadores, frondosos árboles y los aspersores de agua tratada en el aire formando pequeños y múltiples arcoíris.

Esta vez era un domingo de ramos, inicio de la Semana Santa. Por la costumbre cotidiana, me desperté temprano y sin sueño dejé la cama. La rutina después del desayuno era caminar rumbo a mi trabajo, pero hoy, extrañamente, decidí visitar ese parque, quedarme a disfrutar del aire fresco y sus cuidados jardines.

Sin cruzarlo, como siempre lo hacía, y sin la prisa de llegar en tiempo a mi obligado destino laboral. Me sentí relajado; qué delicia disfrutar el verde del césped extendido como alfombra por el suelo y las flores esperando a las abejas y mariposas, abiertas a un proceso polinizador de vida.

Nunca me había detenido tanto tiempo y con calma para oler el perfume de la florecida madre-selva, en aquella pérgola por donde siempre pasaba. Esta vez me senté bajo la sombra de la enramada y en una larga aspiración, disfruté del aroma delicioso, haciéndome recordar mi adolescencia,

cuando todos tus sensibles canales se abren a la actividad hormonal en tu crecimiento físico y anímico, preparándose para el instinto natural de la permanencia como ser humano.

Aire fresco, sin ruido de automóviles, solo el sonido de las campanas en las iglesias llamando a las primeras misas. En esa paz, y con la escasa asistencia en el parque, se antojaba leer un libro bajo la florecida sombra; pero solo me quedé en silencio disfrutando su perfume. De pronto unas palabras muy cercanas resonaron en mi cerebro pidiéndome ayuda. Quién podría ser, yo no veía a nadie. Me puse de pie y con mi vista recorrí todo el parque, pero nada, ni un alma.

—Estoy aquí adentro —me indicó la misma voz.

A un lado de la banca estaba un bote de basura de regular tamaño, con una tapa fácil de manipular. Era extraño, nadie podía estar dentro de ese recipiente, solo si fuera una persona pequeña o un niño, pero la voz no era infantil y me parecía conocida.

—Quita la tapa y sácame de aquí, por favor, te lo pido.

Con mucho cuidado y curiosidad, asustado quité la cubierta haciéndola un lado y aquello fue verdaderamente ... ¡Espantoso! Dentro de una bolsa plástica en color negro, había una cabeza humana con los ojos abiertos, cubierta con abundantes manchas de sangre. No pude reconocerla. Retro-

cedí asustado. Quise correr a cualquier lugar, pero me quedé a varios pasos como estatua del mismo parque. Cuando recuperé el aliento y la movilidad, un líquido viscoso con sabor a palomitas con refresco y una sal amarga inundó mi boca. Vomité en la poza de un rosal y allí me quedé con los ojos llorosos. Con mi pañuelo limpié mis labios salpicados.

A lo lejos, en búsqueda de ayuda, alcancé a ver a un corredor entregado a su ejercicio corporal. Me encontraba solo en aquel espacio y con aquella cabeza desprendida de su cuerpo. De nuevo, me habló y con palabras dulces y consoladoras me dijo:

—No tengas miedo. Acércate. No te asustes. Siéntate y escucha, tengo algo que decirte.

Todavía asustado, regresé a la banca para sentarme lo más cerca de aquel bote de basura y poder escucharlo o escucharla. Luego comenzó con su dolorosa historia:

—Anoche, cuando salimos del cinema, mi novia y yo, un trío de enmascarados nos secuestró sin ningún motivo aparente. Nos llevaron a la fuerza, con las manos atadas y una venda en los ojos a un lugar desconocido, sin contestar a ninguna de nuestras preguntas, ni atender a las súplicas de liberarnos. Luego también nos taparon la boca.

Yo me sentí como si estuviera leyendo el periódico local en la sección de la nota roja o viendo en mi mente el noticiario de la televisión. Luego continuó con su relato.

—Cuando llegamos a ese destino, nos sentaron sobre unos cajones de madera. Era una bodega alejada de la ciudad, pude darme cuenta por el tiempo y distancia recorridos antes de llegar. Nos quitaron la venda de los ojos y nos liberaron el habla. Frente a nosotros, estaba un hombre de pie, bien vestido y con otros más detrás de él, cargando sus respectivas armas de alto poder. Primero se dirigió a mi novia como si ya la conociera desde antes. Le reprochó su abandono. Él lo catalogó como traición, y le dijo:

—Tú eres solamente mía y de nadie más, lo quieras o no. Luego, ordenó llevársela de allí sin hacer ningún caso a sus súplicas para dejarme en libertad. En seguida, entre llantos y gritos, se la llevaron.

En ese momento pensé; nada de esto es real. Me encaminé hasta donde llegaba el agua de los aspersores y mojé mi cara para despertarme de aquel sueño. Luego volví a donde estaba escuchando la voz de aquella cabeza. Temeroso le pregunté esperando no tener ninguna respuesta, pero enseguida me contestó:

— Me llamo Juan y mi novia se llama Salomé. Apenas teníamos un mes y medio de noviazgo.

Le pregunté dónde había quedado ella, solo dijo:

—Cómo saberlo, solo se la llevaron y espero no le hagan daño.

Respiré profundo tratando de calmarme y estar centrado para poder asimilar esa situación y así, ayudar a ese miembro cefálico.

—¿En qué te puedo ayudar? —pregunté de nuevo temeroso.

—Quiero pedirte de todo corazón, me lleves hasta dónde está mi cuerpo. Necesito estar completo cuando me encuentren, entregarme a Dios como un todo y no así dividido como estoy en partes.

—Dime dónde está tu cuerpo para poder hacerlo —le contesté.

—No está lejos —me dijo—. Detrás de aquella barda, al final del parque, allí se encuentran dos contenedores grandes de basura, en uno de ellos está mi cuerpo con el calzado manchado por la sangre de mi nariz cuando me golpearon, envuelto en una cobija a cuadros. No vas a ver nada de sangre en ella, porque al separar mi cabeza con aquel filoso machete, me dejaron desangrar hasta la última gota, mientras yo, a unos cuantos metros veía los borbotones de mi vida caer en el suelo y regarse por la tierra suelta sin poder hacer nada. El despiadado hombre me maldijo y me asignó el infierno como morada eterna por haberle quitado a su novia. Luego, con fingida piedad, me habló riendo a carcajadas: “Y agradece que no te arranque también la hombría de entre las piernas y te la meta en el hocico”, me gritó furioso y vencedor.

Luego se retiró. Lo demás, lo hicieron sus sicarios obedeciendo sus órdenes.

—Espera, déjame respirar —le pedí. No puedo asimilar ni creer todo esto. Me asusta. Luego, con una voz más calmada y en otro tono, continuó:

—Entiendo cómo te sientes cuando te cuento, imagina cómo estaría yo al vivirlo.

Estaba llorando y con una lastimosa súplica, me insistió en su descabellada petición. Pero cómo hacerlo si ni siquiera me atrevía a tocar esa oscura bolsa donde estaba.

—No tengas miedo, solo ciérrala bien y como si fuera basura, llévame para estar junto a mi cuerpo y mañana lunes, cuando lleguen los recolectores de la basura, me encuentren completo en un solo lugar. Hazlo por tu vida y tu alma, yo te lo agradeceré siempre.

Como un relámpago en mi mente, me imaginé atravesando aquel solitario parque, cargando una bolsa de basura con la cabeza de aquel desafortunado hombre.

Ahora me encuentro frente a los dos contenedores y no sé en cuál está su cuerpo, pero ella si lo sabe y me indica:

—El de la derecha, ese con la tapa abierta.

Me asomé dentro y ahí estaba un bulto alargado envuelto en una cobija a cuadros. Nuevamente, vino a mi garganta esa sensación de vómito, pero pude controlarla. Con mucho cuidado deposité la

bolsa en uno de los extremos de aquel cuerpo encobijado. La verdad, no sé si la haya colocado en el lugar correspondiente, pero ahora ya está con su cuerpo. Esperaba, no me pidiera algo más, porque no podía ni quería quedarme más tiempo en esa horrible pesadilla. Miré a mí alrededor para confirmar que no me hubiera visto nadie, pero quedaba la duda.

¿Y si el ojo electrónico de alguna cámara me hubiera capturado poniendo la cabeza dentro del contenedor? ¿Y si alguno de los deportistas notara mi nerviosismo al cargar aquella bolsa? Seguro habría ido a prisión. Pero, parece ser y no fue así, solo el ojo de Dios me vio.

Antes de retirarme de aquel lugar y del cuerpo ahora completo, la voz de la cabeza con sus últimas palabras me dio las gracias y me dijo:

—Ahora, siempre estaré contigo.

Luego, apresurado, me despedí. Rápido como veloz espíritu en el aire, llegué y me encerré en casa, para no salir el resto del día.

Ya es lunes, muy temprano estoy escuchando y viendo el televisor. No pienso volver a caminar por ese parque. No he podido comer nada, solo algunos aromas ligeros y conocidos a sudores de pies en mi par de tenis. También los veo ensangrentados muy cerca de mis ojos. No entiendo lo que está pasando. Me encuentro desconcertado frente a la pantalla y el retrato sonriente de mi novia Salomé, sobre una repisa en la parte de arriba.

En el noticiario del canal local, están pasando imágenes del lugar donde encontraron un cuerpo encobijado con su cabeza separada y... Yo no sé si esta noche me desvele como la anterior, platicando hasta el amanecer con mis pies, muy cerca de mi propia cabeza.

VISIONES

Mis anteojos con cristales aumentados e irrompibles, me devolvieron la visión perdida. Estoy muy acostumbrado a ellos. ¡Son mis otros ojos! Indispensables para mis lecturas y escritos, ahora cuando me ocupan el mayor tiempo del día y parte de la noche; pero, no los quiero en mi ataúd cuando me muera, ni en la fosa como tesoro enterrado haciéndome compañía.

Con el tiempo en la oscuridad o la luz, no podré usarlos, se resbalarán de los cartílagos en mis orejas muertas. Con sus cristales enmohecidos, se podrá ver el infinito por mis cuencas oculares hasta mi cerebro y más allá de mis recuerdos, como si fuera un pájaro herido con mariposas muertas en su pico.

Espero no se dificulte regalárlos a quien tenga necesidad de ellos, para ver o disfrutar de la vida como yo lo hacía, y observe lo que ellos vieron, cuando permanecían delante de mis cansados ojos.

ALMAS IMPECABLES

Esperó afuera, junto a la puerta, con la paciencia de una enamorada tejedora. No hubo más tiempo, solo el necesario, sin ningún enojo ni alguna prisa. Con calma llegó la luz del día. No cabían más especulaciones, ni dudas, solo unas cuantas horas para la partida.

Había realizado millones de veces esa actividad. En la mayoría de los casos, fue fácil, pero en otros era sumamente difícil. Pensó en él mismo y en su permanencia haciendo el traslado de las almas buenas al limbo o a la Gloria. Mientras, sentado en una silla de la sala de espera, podía reparar una de sus desgastadas alas, sustituyendo algunas plumas faltantes por unas nuevas, más blancas y brillantes. En este caso, tenía la seguridad de no encontrarse con ningún obstáculo en su trayecto rumbo al cielo, pero...

A lo lejos, alguien buscaba afanosamente en un archivo de vida, actos condenatorios o al menos, violaciones morales que alteraran o cambiaran el camino o ruta de aquella alma en discordia. Con un solo acto de maldad encontrado en su Curriculum Vitae, podría reclamarla para formar parte de su rebaño en los confines del infierno, o cuando menos, entablar una molesta y devastadora pelea contra aquel ángel viejo a punto de jubilarse. Era una búsqueda minuciosa; no encontraba nada

como prueba para señalarla contundentemente. Ningún pecado mortal, solo algunos veniales, pero todos en confesión perdonados.

Por fin, y a punto de abandonar la búsqueda, encontró algo comprometedor para manchar su prestigio de buena cristiana; esta mujer había deseado en secreto y con pasión al marido de su hermana, claro, sin llegar al hecho consumado, solo en sus pensamientos y fantasías. Nunca se lo contó a nadie, mucho menos al sacerdote del templo.

Era un argumento muy débil, porque en los diez mandamientos de la ley divina, dice; “No desearás a la mujer de tu prójimo”, pero nunca al hombre de tu semejante, y menos de tu propia hermana. Quizás sea machismo o feminismo religioso, pero el deseo carnal fuera del matrimonio, se consideraba como un pecado. Al final y con facilidad, quién ganó esta contienda, fue sin duda aquel viejo ángel tan experimentado.

Él cumplió su última misión llevando el alma de aquella mujer hasta el cielo, donde con honores y por sus siglos de trabajo, le dieron una estrella de oro y una buena pensión para su retiro.

Y, aunque el dicho sea: “*Más sabe el diablo por viejo, que por diablo*”, aquí cabe decir; más sabe el ángel viejo a punto de jubilarse por su bondad y experiencia, frente a un tramposo y embaucador demonio.

SE VENDE TERRENO

Quiero comunicarles la venta de este amplio terreno urbano. No me interesa conservarlo. Los planes eran construir un local comercial en esta zona tan céntrica de la ciudad, pero me ha pasado cada cosa; prefiero mejor contarles lo sucedido en este temeroso espacio de tierra y sus derrumbados escombros.

Cuando vengo para hacerle alguna limpieza, me estoy hasta tarde casi al anochecer, y luego, busco la manera de retirarme lo más pronto posible porque me asusta quedarme cuando oscurece.

Lo vendo porque estoy preocupado, y no quiero tener ninguna clase de problemas con esas almas nocturnas cuando, aullando, a todos nos mantienen en vela. La verdad, no sé lo que está pasando. La gente le ha inventado muchas y diversas historias. Dicen ver en la penumbra a una pareja discutiendo y peleando durante buen tiempo, para finalizar con el sonido hueco de varios disparos. Luego solo un gemido se queda atrapado debajo de la tierra. A veces, las piedras se mueven solas, el aire sopla de una manera distinta y en momentos existe sin motivo una densa niebla.

Por las noches se acentúa más este fenómeno, se mueven por todos lados extrañas sombras haciendo más tenebrosa la densa oscuridad. Se escuchan voces sin entender las pláticas, como si

estuvieran estrangulando a alguien. En ocasiones solo son lamentos, y se sienten más pesadas las tinieblas. Estoy por traer a un sacerdote para ponerle un “*hasta aquí*” a esto. Tal vez con la presencia del cura, unas oraciones y bastante agua bendita, se acabe para siempre esta maldición o hechizo.

Comentan la existencia de algún posible y cuantioso tesoro enterrado en este solar de ruinas, y hasta entonces, cuando lo saquen, van a descansar las almas en guardia y encargadas de cuidarlo. Por lo pronto seguirá sucediendo, sin una explicación lógica, y más cuando estemos en luna llena.

Dicen también: “allí se metió el diablo”, y era una casa en donde se jugaba con la muerte y fuerzas extrañas. Donde alguna vez, un esposo celoso siguió a su mujer, pensando en el engaño con otro hombre, entonces, sorpresivamente se adentró en el establecimiento; solo encontró a una adivinadora, leyéndole las cartas del tarot a su esposa. Sin embargo, él buscaba al sujeto, al ladrón del amor de su compañera, según le habían contado sus amigos y cegado por los celos allí mismo al encontrarla, la tomó por el cuello y la estranguló con sus fuertes manos, pero luego, al verla en el piso y muerta, sacó una pistola que cargaba para matar a su rival de amores y de un tiro en la sien derecha, él mismo se quitó la vida delante de la asustada hechicera.

Después de ese acontecimiento no se encontró ningún cadáver. Aquella singular mujer cerró

su negocio y se fue con todos sus hechizos a donde nadie la encontrara. Pero dicen, no sé si sea cierto, es allí donde permanecen enterrados los cuerpos con todo y sus almas aprisionados por un mágico embrujo, más el dinero y las joyas de la bruja. Ella dejó esos valores al cuidado de estas almas aun prisioneras en sus cuerpos tibios y así, nadie podría robarlos. Después regresaría para sacarlos, y liberar a las dos almas prisioneras vigilantes de su tesoro. Esa era la magia rondando a los curiosos cuando se acercaban con la intención de aprovecharse y sacar el tesoro.

Aunque también se cuenta que la bruja murió en un accidente cuando huía del lugar. Nunca regresó a sacar su tesoro ni deshizo los hechizos aplicados en aquellos dos difuntos esposos y permitir a sus almas seguir su señalado camino. No entiendo bien este acontecimiento sobrenatural, pero cómo hacerle para solucionarlo. Tal vez solo yo lo estoy viviendo, o son puras leyendas urbanas. No lo sé. Por eso, me urge venderlo, y barato.

Quiero buscar otro espacio, donde no se encuentre este tipo de fenómenos, o algunas posibles e improvisadas tumbas clandestinas. Ese tesoro, premio o delito si así es, y lo encuentran, no lo quiero, aunque sea beneficioso y me haga millonario.

Espero a usted le interese, no sea y me acostumbre, o me quiera quedar a vivir con los espectros. También, pudiera suceder, me quieran achacar a mí, sin consideración los muertos.

MIS PARIENTES

Por las noches en mis sueños se han estado presentando mis parientes muertos. No es la primera vez. En cierta ocasión, cuando estuve grave en el hospital a causa de un accidente, me visitaron y hasta hicieron en mi cuarto una fiesta.

Son familiares desde los más lejanos hasta los más cercanos. Unos demasiado viejos, convertidos en una nube de polvo, otros maduros disfrutando de sus esqueletos, y los jóvenes, todavía con los pellejos colgando de sus piernas. No me ven, no me hablan, solo están inmóviles y estáticos. Quizá cuando me miren y me hablen, contestaré en una sola y agradable sonrisa, con palabras amigables para no asustarlos y luego, así como se hicieron presentes, pediré se retiren de inmediato, se vayan a descansar como yo en mi cama de vivo, y ellos, en su eterno lecho de muerto, o los más viejos, donde hayan caído.

Tal vez sea una advertencia y no se pueda hacer nada, o es la hora de que carguen con mis cansados y tristes huesos. Con grandes deseos, espero recuperarme lo más pronto posible de esta enfermedad de viejo y me dejen cuando menos arreglar mis asuntos pendientes, preparar mis funerales, despedirme de todos y hacerles a mis familiares y amigos, un justo y beneficioso testamento.

LOS CUATRO

Hay tres fantasmas en mi casa y se han estado apoderando del espacio. Antes los mantenía controlados cuando vivían en paz dentro de mi cabeza. Ahora, nunca se cansan de hacer sus travesuras.

Haberlos liberado me está perjudicando, nunca paran de hacer ruidos de libertad y alegría por todos los rincones. Hasta dentro de los muros, pisos y muebles se escuchan sus pequeñas risas, grandes carcajadas y a veces susurros conspirando contra mi persona. También, cuando estoy tomando un baño, llegan descaradamente a burlarse de mi figura, de mi ropa, de mi dieta y lo peor; cuando duermo se suben a mi cama para estar molestando y rompiendo con sus repentinos gritos mi apacible sueño. No sé a quién acudir para deshacerme de ellos; yo podría donarlos a otra casa, museo, feria de espantos o a cualquier asociación dedicada a coleccionarlos.

Cuando los liberé, hace nueve meses, empezaron a cuestionarme sobre la existencia y la forma de vivir a esta edad tan avanzada, pero yo no les contesto todas sus preguntas, porque me gusta estar en silencio pensando en mi futuro, mi presente y en los recuerdos del pasado.

Uno de ellos se llama Luto, yo no le puse ese nombre, pero él se lo adjudicó. Suele decir;

—¡Este nombre me gusta mucho! Lo quiero llevar siempre en mi vida de “darketo”.

Es el más chico y creo, el más siniestro, siempre se le ve la tristeza en los ojos mezclada con la maldad, cuando abre las hornillas de su chata nariz y se queda en silencio resollando, como si estuviera muy enojado.

El intermedio en tamaño, se llama Rancio y hace honor a su nombre. Siempre huele muy mal porque nunca se baña y acostumbra estar expulsando constantemente sus apestosos vapores. Comenta, justificándose:

—Son mis perfumes favoritos y me gusta estarlos compartiendo en armonía con mis ruidosas carcajadas.

Lo más raro, es cuando uno se entera de sus desalojos, no es por el olor, sino por el colorido fluorescente de los gases al salir de su cuerpo casi transparente.

El tercero no es menos importante y extraño para mí, tiene una estatura muy alta y es de complexión delgada su fantasmal figura. Cuando habla, su voz es ronca y por su altura se escucha muy lejos y con bastante eco, pero es buena persona... o lo que sea. Siempre lo sorprendo viéndome desde arriba, luego habla y me da buenos consejos. Comenta que desde allá se ven mejor las cosas. Cuando recién lo dejé en libertad, no supe cómo nombrarlo y él tampoco quiso un nombre, porque él era: Todo y Nada, y se llamaría como quisiera ponerle. Usa lentes, es algo miope, pero no le preocupa ni le molesta porque ve con los ojos del alma.

El pequeño Luto es muy inquieto, tiene los ojos muy tristes, pero te cautiva con su tierna sonrisa. Cuando platica conmigo, lo hace todo en voz baja y susurrando como un gótico rezo, con demasiadas plegarias para luego, quedarse dormido en mis brazos. Él, se desplaza por toda la casa como si fuera un rayo, solo hace estaciones por momentos para observar a todos lados y continuar su trayecto. Lo único molesto en él, son esos sonidos tan penetrantes provocados cuando se traslada de un lugar a otro, en su arranque y llegada.

Entre los tres existe una gran diferencia, cada uno de ellos casi siempre se maneja por separado, pero cuando se reúnen no hay quien los aguante. En ocasiones duermen todo el día y eso me preocupa, porque presagian una noche de travesuras y molestias. No se alimentan como nosotros con alimentos normales y nutritivos, siempre cuando tienen hambre, yo puedo saberlo; empiezan a oler el aire. Rancio dice:

—Yo les sazonó sus alimentos cotidianos con mis fuertes olores expulsados, pero ellos no me lo agradecen.

—Y en lugar de entristecerse o enojarse, se carcajea como siempre con sus fuertes risotadas.

Hoy Todo y Nada me habló como un sabio, me preocuparon sus palabras cuando me encontré con él en la sala, y me preguntó:

—¿Tú sabes si existe algo más allá de la vida?

—No —le contesté—. Nunca me he muerto.

—Si quieres yo te lo puedo decir, para prevenirte cuando pases a mejor vida, bueno, yo la llamaría, mejor muerte.

—No quiero —le dije—, así estoy bien y no me inquieta.

Pero él insistió, y yo por seguir escuchando su charla, permití me siguiera cuestionando.

—Todos creen encontrar la gloria, el infierno, o quedarse suspendidos en el purgatorio, pero no es así. —En ese momento llegó Rancio, se sentó cerca de nosotros muy interesado en la plática. Lo vi con curiosidad tratando de adivinar sus intenciones, y esperando, de pronto se pintara el aire con sus olores. No fue así, y continuamos hablando.

—Las personas tienen la oportunidad de disfrutar su vida, el regalo de sus padres y piensan que siendo buenos les esperará cuando mueran, un hermoso paraíso... —de pronto y sin darnos cuenta, apareció el pequeño, se quedó cerca de nosotros con sus ojos tristes y su piadosa mirada, solo susurró entre dientes una callada oración y nunca supe a qué divinidad. Les dije: ya estamos todos filosofando, ¿por qué no dicen cada uno de ustedes lo que esperan encontrar cuando llegue la hora de su muerte? Voltearon a verme y el grandulón espigado, con su voz tan grave como barítono profundo, dijo muy serio:

—Allá, cuando lleguemos, yo estoy muy seguro

de no encontrar absolutamente...¡Nada! —contestaron los tres en una sola voz.

Luto siguió con sus rezos murmurando. Rancio se ventoseó y se esfumó por un instante dentro de hermosos colores brillantes. Todo y Nada desde lo alto, sonrió y luego los tres desaparecieron en una sola y ruidosa carcajada, dejándome a mí con otra preocupación más en mi vida.

ALIENTO

Cuando recién nacido lo declararon muerto, su abuelo se acercó lentamente a su tendido cuerpecito. Con la vida, el amor y la sabiduría por delante, realizó un milagroso sacrificio. Lo estuvo observando por algunos segundos con su acariciante y borrosa mirada de sabio. Le tocó la frente con sus envejecidas y callosas manos, como quien palpa una valiosa piedra preciosa, suspiró, cerró sus ojos, llenó sus cansados pulmones de aire, luego sopló con ternura y de manera suave sobre aquel pequeño inerte, todo el aire acumulado dentro de su pecho.

Así pudo devolverlo a la vida entre un ruidoso pero afortunado llanto de la muerte, cuando se iba disgustada para dejar sin alternativas, pasar de nuevo a la vida. Pero días después, sin explicación alguna de lo sucedido con alguien tan sano, llegó la triste noticia como el cobro de una factura humana:

¡Sepultaron al más viejo de la familia!

OFELIA

Cuando compré aquella casa antigua, nunca me contaron de aquel suceso.

¡Allí habían muerto una plañidera novata y una actriz consagrada!

No era una mansión, era una residencia de regular tamaño y le habían hecho un modesto rediseño. Su antigua dueña era una mujer viuda muy enérgica y formal en su comportamiento. Sin tener hijos, había vivido felizmente casada con su marido y su trabajo como la gran diva en el teatro y cine de los años cincuenta y tantos. En todas sus caracterizaciones cuando asumía algún personaje, sus técnicas de actuación bien aplicadas, sinceras y honestas, eran capaces de convencer hasta el más despiadado crítico.

Después de enviudar, se refugió en su casa con la poca servidumbre que pudiera soportar sus excentricidades o su violento y mal carácter. En su soledad, se hacía acompañar de su fiel gato negro y los personajes representados por ella, hacía muchos años en el escenario. Desde una trágica Medea, hasta la sufrida Andrómaca, pasando por la hermosa Helena de Troya en la cultura griega. Bernarda Alba era también una de sus mejores interpretaciones, y sin decir más, las villanas siempre le hacían resaltar sus grandes dotes histriónicas. El tiempo fue avanzando y su fama junto con

sus ahora viejos admiradores, se fueron a refugiar en los archivos del recuerdo y los cementerios. Las nuevas generaciones no la conocían y la historia se encargó de ocultarla en sus añejos acervos.

Su también viejo mayordomo, dicho sea de paso, admirador de su antigua belleza y talento, la atendía hasta donde se lo permitiera, siempre fiel a su amor callado e incondicional admiración, tratando de servirle como demostración de su compasivo amor y humildad, para una desbordada soberbia. Un día, cuando llegó a media mañana, la encontró muerta, con su tocado de plumas sobre su canosa y escasa cabellera, recostada en su diván blanco y terciopelo color rojo, con su vestido de noche y una estola de plumas negras en su cuello. Había una copa con champagne en la mesita de al lado y en su mano derecha, la boquilla larga con un cigarrillo sin encender en la punta. Tenía en su cara sobre sus pronunciadas arrugas, el exagerado maquillaje para cubrir su rictus de muerte. Nunca perdió su porte de gran diva, y no le permitió al tiempo actuar sobre su persona. Pero esa noche, llegó el final en función privada para sus admiradores recuerdos. Se cerró el telón de su vida cuando la encontró la eterna, la verdadera, la despiadada y muchas veces actuada muerte. Su cuerpo fue velado en el solitario escenario de su casa, en un ataúd blanco con apliques de oro, forro de seda roja, y la debida corrección de su mal aplicado ma-

quillaje. La Diosa de la actuación había muerto y no tenía público para aplaudirle su muerte. Ante esta soledad, sin ningún espectador en su velorio; su eterno admirador cansado y enfermo, le contrató con un modesto pago a una mujer para llorar al pie de su estuche mortuorio, mientras él atendía los arreglos en la funeraria del lugar. Ella llegó, vio a la difunta a quien debía llorar y rezar como si la conociera, fuera de la familia o una buena amiga. Pero se quedó asombrada al estar cerca y sentir la fuerza de aquella mujer muerta en su escenario de duelo, como si aún vivieran en su cadáver todas las villanas de la historia por ella representadas. Desde las brujas de Salen, o las mismas Moiras con sus oráculos. Por un momento, pensó en salir de allí lo más pronto posible, pero pudo controlarse y empezar con su trabajo. Se cubrió su cabeza con el rebozo de sus hombros, y se entregó a la piadosa oración. Su memoria la traicionaba, no podía recordar completos los rezos y al intentar llorar, su llanto actuado no salía de su garganta. El temor si era real, estaba atrapada por el espíritu de aquella mujer en el ataúd y los ojos del gato sobre el sillón observándola como público y censurando su falso llanto. Ante este terror escénico, por fin decidió salir de aquel espacio, pero no podía levantarse, sus rodillas estaban pegadas al lustroso piso de madera y su cuerpo no respondía. Pudo ver una silueta hincada frente a ella, estaba como si fuera

una copia en el espejo. Era la imagen de la difunta vestida igual. Se descubrió su cara y la figura también lo hizo. Para su terror, era la diva y con su enérgica voz le reclamaba su falsa actuación, se burlaba y le gritaba en su cara por ser una mala actriz. Aquel espectro de mujer convertido en la llorona, le dio una magnífica lección para aprender con veracidad, cómo se debe llorar con naturalidad en un escenario, y con su característica maestría.

La aterrada plañidera seguía paralizada y solo podía mover los ojos para encontrarse con los del gato en el mueble del rincón, o los de la actriz. Desesperada y molesta por el mal desempeño actoral de una falsa plañidera, la ahorcó sin piedad con el mismo chal o rebozo. La mujer cayó muerta en el piso y el fantasma de aquella gran actriz, con una voz cavernosa y burlona se escuchó decir:

—Todas son unas novatas sin vocación. Yo siempre he sido y seguiré siendo la mejor. Luego, soltó una gran carcajada, tomó entre sus brazos a su querido felino, llevándolo con ella en sus delgados brazos, entre dulces caricias y arrumacos.

Cuando regresó Fidel, su amigo y fiel mayordomo, también encontró muerta a la mujer alquilada como plañidera en compañía de la difunta actriz. Tenía la cara desencajada y la lengua amoratada fuera de su boca. El gato ya no estaba, y en el ataúd con una conocida sonrisa, la actriz muerta, la admirada durante bastante tiempo, tenía el manto de

la plañidera en sus manos con un gran nudo fuertemente apretado. Desde entonces en esta casa, se escuchan algunas frases cortas de los personajes femeninos que la hicieron tan famosa, y los largos maullidos de aquel gato negro; sobre todo en las noches de luna llena y aquelarre.

RUTINAS

Como aire, como luz o sonido permanecen los cuerpos cuando se mueren. No reclaman no sufren ni lloran, son desgastadas carnes muertas.

Su esencia busca el suspendido acomodo, su vagar es eterno. Son buscadores de nada en silenciosas y vacuas inmensidades. Mortales vivos vemos y escuchamos. El tiempo se va y con él mismo regresa, viento y agua reviven nacimientos, luego, te consume lo irracional y abstracto sin que puedas comprenderlo. Hay un largo camino decorado con esfinges, con figuras ancestrales que te obligan, te vigilan y te siguen conduciendo, eres sin desearlo, continuación de tu especie.

Se presentan las automáticas preguntas, donde estamos, a dónde vamos, todo aparece y desaparece, se esfuma y en un instante vuelves a ser lo mismo. Polvo errante en los caminos. Sin esperanza pasa el tiempo. Por la tarde te vas, no regresas y nadie te defiende del obligado... Destino.

HECHIZO DE PIEDRA

—Nos estamos convirtiendo en polvo. Y así, desgastados moriremos algún día.

Este era el lamento diario de dos rocas unidas por un lazo amoroso y mágico, en medio del parque abierto.

—¿No creo que alguien se atreva a romper este maldito hechizo? —le contestó con disgusto la otra piedra.

—Nunca pierdas la esperanza. —Con optimismo le contestaba—. Nos han colocado, como si fuéramos una hermosa y delicada decoración pétreo, para gusto de las demás personas cuando visitan éste tan querido espacio. —Era una alegría simulada, pero los reconfortaba.

—Eso es muy bueno, se siente la compañía. No estamos solos. No hay porqué desesperarse, siempre habrá alguien que se atreva a romper esta injusta condena.

—Llevamos demasiado tiempo así, no es justo. —Con desesperación repetía constantemente—. ¡Y no sucede nada! ¡Nada! —gritaba—. ¡*In aetérnum!* ¡*In aetérnum!*

—Mira, lo bonito y claro de las letras, están escritas como advertencia sobre la placa colocada en la base de nuestra prisión —le decía como un amante comprensivo—. No desesperes, siempre quisimos estar unidos, juntos, enamorados.

Solo piensa en silencio; somos una pareja de enamorados.

—Tu optimismo ya no me consuela, ahora solo la oración y la esperanza me confortan.

—Por qué no lees conmigo esas palabras, ya las sabemos de memoria. —Y al unísono, como plegaria sagrada repitieron las palabras de la placa como letanía.

“Te regalamos la eternidad a cambio de un amoroso beso”

—Pero quien en su juicio desearía besar a una piedra, y mucho menos con amor. Lo dicho, *“Alea jacta est.”* Aquí permaneceremos eternamente.

—No acabo de entender la maldad de tus ancestros, magos, brujos y hechiceros. Ellos nunca aceptaron nuestra relación. —Estaba disgustado y triste al recordar su historia, sin embargo, trataba de entender sin conseguirlo. ¿Qué persona en sus cinco sentidos, podría deshacer este hechizo?

—Los dos somos culpables al venir a este solitario y apartado lugar boscoso, expuestos a se castigados por este encantamiento perverso en nuestros cuerpos, por el simple acto de amarnos en secreto y en oposición de nuestras familias.

—Mira cómo pasan ahora las parejas de enamorados, ya no se esconden como nosotros, es casi media noche, y nadie les dice nada.

—A mí me hubiera gustado vivir en esta época, son demasiado liberados.

Se quedaron solos mirándose con amor, el uno en los ojos del otro hasta la madrugada. Cuando un hombre desesperado con sus gritos, los sacó de ese ensueño.

—Yo puedo comparar con nosotros ese sufrimiento —dijo la piedra más grande.

—Mira cómo se acerca. ¡Está leyendo! Y... ahora nos acaricia. ¿Será éste el hombre indicado para romper nuestro hechizo? —se preguntaron con sus miradas.

¡Y sucedió!

—Estamos salvados, dejemos este lugar para ser ocupado por este pobre hombre. En su desesperación, nos besó con amor diciendo: “son más cálidas las piedras del parque, comparadas con el gélido desprecio de mi amada”. Y después de leer la advertencia prefirió el suicidio, a vivir solo con el agobiante desamor.

— ¡Ya somos libres! ¡Ahora podemos irnos! —comentaron entre ellas las dos piedras. Ahora eran los humanos amantes. Los dos agradecieron al enamorado suicida por ese milagro.

—Por fin vamos a vivir en paz nuestro prolongado y suspendido amor, en la dureza de las piedras en el parque.

A la mañana siguiente, la gente se preguntaba y decía; quién por la noche había cambiado la escultura tan simple por esa tan expresiva, la del hombre descorazonado buscando el amor.

La placa de bronce con la sentencia escrita, se quedó intacta, para ver qué persona, al leerla se atreviera a besar la estatua del hombre con el corazón destrozado.

Quizá su novia, algún día lo reconocería al verlo y por caridad se atrevería a devolverlo a la vida.

DULCES SUEÑOS

En su regazo siempre la alimentaba con la leche materna de sus nutritivos pechos y esperando por un milagro piadoso. Así se dormía su hija, aliviada entre sus brazos del padecimiento incurable y sufriendo por su enfermedad congénita. Esta niña vivió un corto tiempo. Son ángeles inocentes de corta duración en su paso recortado por la tierra, antes de subir al cielo

Cuando falleció, depositaron el pequeño cuerpo dentro de un ataúd blanco. Al llegar la noche, su madre, con cariño se acercó a ella y la sacó cuidadosamente. Luego, sentada en su silla mecedora, la arrulló en sus brazos toda la noche con amor y ternura, para darle compañía y no se sintiera sola. A la mañana siguiente, antes del entierro, la llevó nuevamente hasta su acolchada cuna mortuoria, la despidió con un beso en la frente, y la dejó para dormir en paz su sueño eterno.

VENGANZA

Después de haber velado su cuerpo por unas cuantas horas en la madrugada, temprano de la mañana estaba Armando tendido en la pequeña funeraria, entre cuatro vigilantes guardianes. Eran como estatuas de plata con tocados flamígeros encendidos. Su espíritu asustado, todavía sin salir de su cuerpo, no lo había abandonado, temía ser apresado por alguno de sus múltiples delitos cometidos en su vida.

En esa ciudad, durante dos años aproximadamente, todo aquel que transitaba por la entrada del camposanto, escuchaba los gemidos de un alma en pena, esperando la llegada de quien entrara a vivir su muerte en ese lugar de descanso. Ella les daba su bienvenida y luego después de reconocerlos, les señalaba el camino asignado para su trayecto al más allá. No era una encomienda ni un castigo o penitencia impuesta por una corte divina, era una promesa hecha por ella misma. Esperaba en su penar, encontrar y recibir a quién le había quitado su vida en un injusto feminicidio. No era su esposa; era la amante oculta, escondida de las miradas sociales quienes no veían bien ese tipo de relaciones, porque él era casado, pero su lujuria, su dinero y su poder lo incitaban a tener este tipo de relaciones prohibidas y censuradas por la comunidad donde vivían.

Le había prometido dejar a su esposa para casarse con ella, pero después de tenerla engañada por un buen tiempo, le dijo:

—¡No puedo hacerlo!

Amalia, disgustada con su futuro e ilusiones destruidas y el de su hijo palpitando en su vientre, decidió amenazarlo con visitar a su esposa y confesarle su relación ilegítima. Armando tenía varias copas de licor y algo de droga en su cuerpo, como acostumbraba, con la mente cegada por el temor, le provocaba la valentía y advertencia de ella. Sin pensarlo y ofuscado, con sus dos manos, la tomó de su frágil cuello, advirtiéndole matarla si se atrevía a visitar y hablar con su mujer. Ella luchó en vano, cada vez era más la fuerza opresora en su garganta, no podía respirar, le faltaba el aire y sentía morirse. En su asfixia, sacó las fuerzas necesarias. Con su rodilla lo golpeó en sus genitales. Logró zafarse de sus asesinas manos, cayó al suelo desvanecida y tosiendo, mientras Armando se quejaba del dolor entre sus piernas. Ella no le había dicho de su embarazo por temor, y esperaba el día apropiado para hacerlo, cuando ya estuvieran viviendo legalmente casados.

—¿Ahora piensas hacerme a un lado? —logró preguntarle con voz entrecortada—. ¿Y las promesas de quererme toda la vida cuando dejaras a tu esposa?

—¡Estás loca! —le contestó disgustado—. Yo nunca me separaría de mi legítima esposa, ella sí es una buena mujer para mí, pero tú no, porque te entregaste como una cualquiera. Para mí eres una prostituta y solo te tengo y te pago para ser mi segunda casa.

Desconsolada lloraba por dentro, pero no dejó salir una sola lágrima.

—¿Por qué me prometiste matrimonio? ¿Por qué el engaño, ahora cuando vamos a tener un hijo?

Aparte, Armando asustado con el terror y la violencia dibujada en su rostro, le gritó con toda la maldad en su corazón y su boca.

—Tú eres quien me engaña, te advertí cuidarte, yo no quería ningún hijo, además quién sabe si sea mío. Pero ni modo, ahora si te voy a matar a golpes para quitarte lo liviana.

Sin pensar claro, nuevamente se abalanzó sobre ella, la derribó en el piso, la golpeó con fuerza, luego, alcanzó una de las almohadas y la presionó sobre su cara para asfixiarla. Cuando la descubrió, sus ojos y su boca, estaban abiertos frente a él. Apresurado y con su mente confundida, planeó cómo deshacerse del cadáver. Amalia con su mirada perdida y sus labios amoratados, permaneció en el frío suelo, y una sentencia se escuchó de pronto en los oídos de Armando.

—Estás maldito. Te espero pronto en el cementerio para llevarte hasta el infierno.

Era la voz de ella.

La levantó y la arrojó sobre la cama. Con los ojos abiertos mirando sin verlo, quedó el cuerpo de aquella mujer en el lecho antes testigo de apasionados amores. Él no sabía qué hacer, todavía no lograba encontrar una solución para esconder su horrendo crimen. En la madrugada la envolvió en una sábana, la llevó hasta la cajuela de su automóvil. Salió del departamento y se dirigió antes de salir el sol, rumbo al desierto cercano. Cavó una tumba en la arena y la sepultó como si fuera un artículo vergonzoso y malo para su reputación. Luego, regresó apresurado a la ciudad, era de madrugada. Su esposa, como de costumbre, no lo esperaba, se encontraba en casa de sus padres.

Durante varias semanas, este hombre no podía quitarse de su mente las imágenes de aquel rostro con los ojos abiertos, viéndolo fijamente. En sueños se le presentaba y en sus oídos, escuchaba constantemente las palabras amenazantes del castigo a sus actos, del engaño y el asesinato. Empezó a tomar medicamentos para conciliar el sueño en las noches de insomnio y con aquella voz en su cerebro. Así se quedaba dormido, pero al despertar al lado de su esposa, con sorpresa descubría arena en las sábanas, solo él la veía, su esposa ni siquiera se enteraba y cuando le preguntaba le decía:

—Te estás volviendo loco o sueñas demasiado en las pistas del autódromo en el desierto, donde

te la pasas con tus amigos emborrachándote y sin regresar a casa por las noches.

En su matrimonio nunca pudieron concebir un hijo y él, aunque le doliera y molestara, en su mente le dolía haber cometido un doble homicidio, al asesinar a su amante con su hijo en el vientre. Esta situación se agravó por varios meses, y terminó en un fulminante infarto cardíaco cuando dormía en su cama. Se le presentó de manera repentina y no hubo manera de salvarlo.

Cuando su espíritu se dio cuenta del fallecimiento, se sintió aliviado de aquella tormentosa vida, pero aún le faltaba el juicio divino. Amalia, su víctima, lo esperaba en la entrada del cementerio, y por fin había llegado su victimario. No se alegró al verlo, sabía los riesgos de llevar a cabo su venganza y su descanso eterno no estaba asegurado. Tenía tiempo esperando este momento para llevarse a su asesino al infierno, pero le asustaba, porque los dos tenían en común otro pecado.

Ahora, dos almas se encontraban en el más allá, y una esperó a la otra para llevarla a su destino eterno, donde también ella sería juzgada. Tal vez nunca lo entendamos, pero desde ese día y para siempre, ya no se hizo presente aquella alma en espera, asustando a los vivos y revisando a la entrada del cementerio, a todos los varones muertos cuando llegaban, para encontrar a su verdugo.

Armando nunca se imaginó cómo sería el recibimiento de su alma viva y su cuerpo muerto en la entrada de aquel misterioso cementerio. Él llegó acompañado en su cortejo fúnebre, con unas cuantas personas y un poco de llanto. Se abrieron las pesadas rejas de hierro forjado, con el quejido oxidado y reseco, como rechinido de dientes ávidos para morder el espíritu de los cuerpos muertos. Amalia, con su alma y su venganza cumplida, también se retiró de las puertas del camposanto, para encontrar su eterno descanso.

TORMENTO

En esta situación, solo necesito un rayo de luz para escapar de esta temible oscuridad que se está haciendo eterna. Se suponía era temporal pero no es así.

No creo que sea necesario algún nuevo documento como pasaporte para continuar con el proceso, todos los trámites requeridos están completos y ya se elaboró mi última acta y el permiso para el sepelio, sin embargo, no puedo salir de esta densa, permanente y tétrica noche donde continuamente en el camino me atormenta.

En definitiva, no aguanto más esta burocracia infernal y mortuoria, parecida a la de la vida, donde te hace llenar cientos de formularios firmados con tu propia sangre, la huella de tus falanges y, además, tardan demasiado en definir el lugar asignado para mi descanso eterno.

Es que no han podido clasificar mi alma y le dan demasiadas vueltas al asunto; pero eso sí, mientras lo hacen, me obligan a vagar por los lugares donde cometí mis más horribles delitos y pecados.

¿Acaso esa será mi mortal condena?

REFLEJOS

Detrás de las cortinas, de los muebles y de las puertas, pasó varias semanas escondiéndose durante el día. Por las noches descaradamente se mostraba sin hacer ningún intento de ocultarse. Yo no le decía nada, le fui tomando confianza y la verdad, a mí, ni a esas horas me asustaba. Pero ahora, cuando lo vi vestido utilizando mi propia ropa, le reclamé porqué hacía eso, si no era suya y le quedaba bastante holgada; aunque era de su misma talla. Se sonrió, se tapó la boca con la mano izquierda y empezó a mordisquearse de forma nerviosa los dedos. No me veía a los ojos, esquivaba mi mirada. Tal vez pensaba lo fuera a reprimir por sus insistentes interrupciones. Cuando ya no quería seguir escuchándome, daba un giro sobre su pie derecho y se esfumaba en el aire eludiendo responder a mis preguntas.

Pero un día nublado, al atardecer casi de noche, lo vi desde mi escritorio por encima de mis lentes de lectura, vestido con mi traje, el más nuevo, el más utilizado en ocasiones especiales. Estaba sentado sobre el tapete, en el suelo frío de mi despacho, y se divertía entretenido con mis escritos y mi sombrero del día. Me propuso contarme su historia para escribirla y prometió sería muy interesante.

—Por ahora no tengo tiempo —le respondí y

volví a mis manuscritos, ni siquiera levanté mi cabeza para mirarlo—. Estoy apresurado y debo terminar esta novela,

—Podría ser otro día, o a media noche, si lo prefieres —insistió.

—Claro, así será —le contesté—. Pero no quiero cuentos de mentiras o fantasías, mucho menos terror, miedo o suspenso.

Se acercó muy seguro. Me vio con curiosidad inclinándose sobre mi escritorio, frente a mi cara, con una voz grave y amenazante me dijo:

—De qué más te puede hablar un personaje si ya no vive, no se toca, ni se cree en su existencia y lo llaman fantasma o aparecido. —Era como una advertencia y le contesté ordenándole.

—¡Vete! Déjame en paz. Necesito trabajar a solas. Has estado muy ocupado vistiéndote con mi ropa y mi calzado, hasta con mi sombrero te la pasas jugueteando; ve a descansar y no te preocupes por tu historia, la conozco a pie de letra y es idéntica a la mía. Ya la estoy escribiendo y con detalles, voy muy avanzado, pero no puedo encontrar el final idóneo. —Él solo se sonrió de forma sarcástica y se encaminó hacia el centro de la habitación.

—Mira cómo acaricio y sostengo tu corazón en mis manos. Lo tomé esta madrugada cuando después de una molesta tos y un suspiro prolongado, lo dejaste olvidado para siempre sobre tu cama, solo y separado de tu cuerpo.

No contesté nada. Alcancé a ver en la penumbra, cómo se retiraba sonriendo, a paso lento hasta el vano de la puerta, con algo rojo palpitando entre sus manos. Luego desapareció. Mi ropa se fue al piso y mi sombrero por un momento, se quedó en el aire, luego zigzagueó y suavemente se posó sobre mi abandonada vestimenta. Todo esto lo pude ver, cuándo de lado, recostaba mi cabeza sobre el escritorio, encima de un papel escrito, manchado con la sangre que brotaba de mi nariz, justo en el párrafo final de mi propia historia.

SEGADOR DE OJOS

Todos los habitantes de aquella ciudad, asustados y sorprendidos, veían con curiosidad y terror, la cantidad de ojos rodando hacia abajo sobre las baldosas de la empinada calle a plena tarde. Eran de distintos colores y tamaños. Todos los globos oculares iban observando atentos a la gente que pasaba, y les correspondían con su estática mirada. Las personas asombradas, nunca imaginaron que pertenecían a los conciudadanos de esa misma región, asesinados por el criminal recién atrapado calle arriba.

Este siniestro personaje, al verse acorralado en su guarida por los gendarmes, escapó por una angosta ventana hacia la calle, como siempre acostumbrada hacerlo cuando lo acosaban en su casa. Por la estación tan fría tenía puesto un amplio abrigo y dentro del mismo, escondido, llevaba un singular frasco de vidrio, con formol y glicerina, dónde conservaba como tesoro, los ojos tan preciados. Eran los trofeos sanguinolentos obtenidos en su criminal actividad.

En la estación de radio local dieron la noticia apresuradamente:

—Por fin atraparon al más buscado criminal apodado “El roba ojos”.

Todas sus víctimas aparecían muertas y abandonadas en las afueras de la comunidad con las

cuencas oculares vacías. Hacia años había secuestrado y aniquilado, después de atormentarlo, al oftalmólogo de la región, y posteriormente, uno por uno, en distintos intervalos de tiempo, a todos los optometristas de la ciudad. Pero después continuó ejecutando a toda la población porque, según él, tenían bonitos ojos. Su fijación y deseos de recuperar lo perdido, le trastornaron el cerebro y solo pensaba e imaginaba obtener lo robado, para convertirlo en lo más odiado.

Cuando apenas era un niño, había quedado tuerto debido a una enfermedad mal tratada por los médicos especialistas; desde entonces, empezó a guardar el rencor necesario y suficiente para vengarse de los causantes de su tragedia. Su visión monocular le hacía verse grotesco, con una cara incompleta, pero también sufría para su pesar, de una cojera incurable en su pierna derecha a consecuencia de la poliomielitis infantil, por lo cual, la arrastraba para poder desplazarse o moverse, haciendo de él una vista grotesca al caminar por las penumbras de las calles. Era hijo único, y a sus treinta y dos años su madre ya había muerto, pero eso, a él le dolía y molestaba bastante, porque solo ella le hacía compañía cuando sufría de sus peligrosas depresiones. Maldecía a su insoportable soledad, porque lo obligaba a esconderse para no ser la burla de los demás conciudadanos, deseaba parecer normal y maldecía la hora de su nacimien-

to. Pocas veces se le veía por las calles, solo salía por las noches protegido por las cómplices oscuridades cuando cometía sus crímenes. En la persecución, los agentes policiacos pudieron por fin darle alcance y apresararlo, sus desventajas físicas le estorbaban bastante para moverse fácilmente. Lo esposaron de sus manos y buscaron dentro de sus ropas algún arma escondida, solo encontraron una pequeña pero peligrosa daga puntiaguda y una cuchara cafetera, ambos objetos los usaba para atacar y extirpar los ojos de sus víctimas. Traía también con él un pequeño recipiente de cristal con otro par de ojos dentro, muy bien conservados. Todo lo confiscaron, pero el lloraba y pedía a gritos desde las oscuras mazmorras enrejadas, esperando su ejecución en la horca, le regresaran los vigilantes ojos de su madre.

Antes de conducirlo al cadalso, cuando le llevaron al sacerdote, con un rápido movimiento, arrancó el crucifijo de metal en el rosario del padre cuando lo tenía en sus manos, y sin medir el peligro, con una práctica increíble, lo clavó con fuerza dentro de la circunferencia orbital de su único ojo, y en forma de palanca, lo utilizó provocando el salto de su único ojo fuera de su cuenca. Después, lo arrancó con la fuerza de su mano, ni el cura sorprendido ni la llegada de los guardias pudieron hacer nada.

En unas cuantas horas murió en la oscuridad de su total ceguera. No era un Edipo a medias, era un personaje en constante sufrimiento por ser, según decía la gente del pueblo, “El monstruo aborrecido”, cegador o segador de ojos, más terrible y temido de la región.

REENCUENTRO

Un día lluvioso se fue a la guerra obligado por la defensa de su país. Prometió regresar para casarse y frente al altar, jurarse amor eterno.

Lo esperó con paciencia por varios y largos años, pero una tarde nublada, cuándo empezó una menuda llovizna, pudo verlo al otro lado de la calle, justo en la escalinata de entrada al frente del templo seleccionado para su boda. Le gritó por su nombre emocionada y contenta, pero no la escuchó. Vestía de militar con su traje de gala. Nunca la vio, estaba de espaldas y con varios disparos en su pecho lleno de sangre oxidada.

Ella atravesó ilusionada y corriendo la calzada sin ninguna precaución, pero un automóvil entre la lluvia la atropelló quitándole la vida. Con eso, la ayudó a estar siempre en celestial matrimonio con su amado.

HIDROFOBIA

—Cuéntame, ¿cómo te ha ido en este día?

—Bien —contestó ella—. Ha sido la misma rutina de todos los días. Levantarme temprano, bañarme, desayunar, venir a trabajar, regresar por la tarde a casa, cenar y descansar durmiendo toda la noche en mi cómoda cama hasta el día siguiente. Esa es mi rutina en los días laborables. Pero los fines de semana, me divierto de lo lindo. Ves cómo es de simple. Ahora es tu turno. ¿Qué me puedes decir?

—La verdad es... debo contarle todo. Mi día ha sido fuera de lo normal: me desperté muy temprano, si se puede decir así, algo asustado. Estaba muy confundido. No quería levantarme y creo saber la causa. Durante la noche constantemente me despertaba. Había ruidos extraños, alguien movía mi cama y en seguida se escuchaban risas infantiles para luego perderse como si se alejaran o se ahogaran en el horizonte. El primer sobresalto fue cuando sentí claramente cómo subían a mi cama y sin más, comenzaban a reír y “brincotear” obligándome a despertar y encender la lámpara de cabecera para ver quiénes eran. ¡Nadie! No había nadie. Raro, ¿verdad?

—Sí. Muy extraño —respondió ella.

—No le di mucha importancia, pero apenas regresaba a mi sueño, volvían. Primero los ruidos, como pequeños brincos sobre charcos de agua,

hacían trozos melódicos con sus gritos y risas. Esta vez solo me cubrí los oídos con la almohada, buscando la protección y no me molestara la luz de la lámpara que mantenía encendida. Lo confieso; por un temor inexplicable. En mi desvelo, escuché un constante goteo de agua. Pensé, tal vez no cerraré bien el grifo del lavabo. No quise dejar mi cama para cerciorarme, preferí utilizarlo como arrullo. No resultó, no pude conciliar el sueño. Mira, observa en mis ojos el desvelo.

—Espera —me dijo—, voy a llamar al mesero para pedirle unos bocadillos y unas refrescantes bebidas. Esto se está poniendo interesante. Continúa por favor.

—Después me venció el sueño, solo fueron unos cortos minutos y nuevamente los ruidos, los saltos en mi cama como trampolín de alberca, las risas más y más fuertes, aunque se apagaban a lo lejos, eran más continuas. Afuera llovía copiosamente, no veía el agua solo escuchaba el ruido, no en gotas, sino en chorros como las fuentes de los parques públicos.

—¿Pero el agua? —me preguntó—. ¿De dónde venía?

—Mira, te lo explico —contesté—. En tiempos pasados, en el lugar donde ahora están estos edificios habitacionales, había un grande y hermoso balneario, a donde acudía la gente de la ciudad para pasar sus días de campo. En su promoción

comercial decía: “Visite y disfrute de nuestros servicios y diversiones en este parque, atendido personalmente por los serviciales duendes del bosque”. La ciudad creció y se eliminó ese frecuentado centro de diversión y en su lugar existen los edificios habitacionales en donde vivo. Todos tienen problemas con inundaciones frecuentes de agua, no se encuentra su origen, no importa si son departamentos en pisos altos, o en la parte baja. Se creé que los causantes son los duendes del bosque, en complicidad con las almas de los niños accidentalmente muertos y ahogados.

—Pues sí está raro todo esto —me dijo, mientras le daba un sonoro sorbo a su bebida, y me hacía recordar el agua de la noche anterior—. Pero no me has contado cómo te fue en este día, solo me hablas de tu agitada noche.

—Bien, te comento: después de tanto sobresalto, amanecí muy cansado, mi pijama y mi cama mojadas como si me hubiera orinado. Pisé el suelo, sentí lo húmedo de la alfombra totalmente empapada. La verdad, era bastante la presencia del miedo a tanta agua y no me quise ni bañar. Afuera, el día nublado. No sé de dónde saqué el ánimo para venir a trabajar. Preparé mi refrigerio, y al ir a mi automóvil, tenía un neumático bajo. Llamé a un taxi, ya estaba retrasado. Con las prisas olvidé mi cartera y al llegar, pedí prestado para liquidar el transporte. A media mañana, aquí en el trabajo,

voy al sanitario y como maldición, estaba inundado, se había roto alguna tubería, no sabía lo que pasaba. La verdad, ya me he quedado dormido dos veces sobre el escritorio. Espero nadie se haya dado cuenta.

—¿Y viste los duendes o las almas de los niños?
—me preguntó burlonamente.

—Sí, bueno eso pienso. En sueños, porque cuando despertaba bañado en sudor, veía dibujados con acuarelas, en el muro frente a mi cama, cantidad de niños sonriendo y detrás de ellos, como guardianes, pequeños hombres con sombrero y largas barbas mojadas.

—Y entonces, ¿qué piensas hacer? ¿Mudarte y vivir en otro lugar?

—Sí, claro, lo estoy pensando muy en serio, no me gustaría morir ahogado en tanta agua o de un infarto cardiaco, causado por el miedo a estas apariciones tan extrañas en mis sueños.

—Vaya eso si es una difícil situación, mira cómo se levanta mi piel de escalofrío —me dijo mi amiga.

—Si eso te pasa a ti, solo al escuchar esto, imagínate vivirlo como sucede conmigo, porque ya van varias noches sucediendo.

Se quedó mirándome con los ojos bien abiertos, como si quisiera ver dentro de los míos como sentía el terror. Luego la escuché con una voz distinta y muy grave:

—No has comido nada, al menos, tómate este vaso con agua.

Sentí entonces un fuerte mareo, como un remolino de agua en un lago, la vista se me nubló y sin poder reaccionar, caí al piso duro. Creo me lastimé la cabeza cuando me atacaron una serie de convulsiones.

—Rápido una ambulancia —dijo gritando alguna voz de los comensales. Mi amiga solo tomó el vaso con agua y algunos pequeños trozos de hielo que estaba sobre la mesa, con la intención de ayudarme, y lo vació apresurada sobre mi cara. Reaccioné rápidamente con palabras sin sentido, preguntando; ¿dónde están los niños y los duendes? Enseguida volví a perder sin levantarme el conocimiento.

En el lugar donde me encuentro ahora, las cápsulas y comprimidos los trago sin agua, ayudado por mi propia saliva. En contra de mi voluntad, me han forzado a bañarme, y cuando llueve, me pongo muy inquieto, rezo y me escondo debajo de mi camastro. Tengo mucho miedo de mojarme y quizá vuelvan a mi mente, esos ruidos, los duendes y los niños con sus singulares risas que hacen tanto daño en mi cerebro.

No sé dónde estará mi amiga. No ha venido a visitarme y aquí, solo me tienen encerrado en un cuarto acolchado y no me dejan salir para nada.

PECADOS

En su vida lo asaltaban continuamente y en todo lugar tres encapuchados, cuidando no ser descubiertos. Venían solo ellos, a los otros cuatro los dejaron atrás porque estaban muy atareados.

Uno le hacía constantes proposiciones indecorosas y sexuales. Le ofrecía un enorme placer durante toda la noche.

Otro obeso, sonriendo siempre con muy mal aliento, por cierto, pero alegre y dispuesto, amigablemente lo invitaba a beber y a comer a todas horas del día, sin respetar los límites de la saciedad.

De los tres, el último a simple vista no era tan peligroso, pero debía darle su confianza, porque siempre se la pasaba tirado, sin preocuparse ni hacer nada, solo descansando y durmiendo a pierna suelta.

Preocupado, buscó una solución inmediata, pero las tentaciones de caer en estos pecados, se volvían más incontrolables al desconocer con cuales virtudes podría neutralizarlas y no le hicieran tanto daño.

REGRESO

Como cada semana, transitaba a bordo de mi automóvil por esta carretera divisoria del grande y viejo bosque. Lo hacía a una velocidad cómoda para disfrutar del bonito y relajante paisaje. Pero nunca me había percatado de lo que ahora estoy viendo. Estoy enterado de que, en este espacio, hace bastante tiempo, se libraron varias batallas en la Segunda Guerra Mundial, y también, sirvió para sepultar a los muertos de ese genocidio en grandes fosas comunes. Tal vez por eso estos bosques están bien nutridos y con árboles tan grandes y frondosos, perfilándose en ese cielo tan claro y hermoso.

Esta tarde llevo algo de prisa, me urge llegar a casa y comunicarle a mi familia la gran noticia. ¡Me subieron de puesto y también me aumentaron el sueldo en la empresa!

Hay un poco de niebla y la carretera está algo resbalosa, pero siempre he sido muy precavido en el manejo por estas vías. Además, parece demasiado solitaria y se puede conducir en forma desahogada. Un relámpago luminoso seguido de un ruidoso trueno, rompen con la soledad y el silencio del paisaje, tal vez más tarde o por la noche llegará la lluvia, no sé.

Frente a mí, aparecen en el aire, suspendidas, gran cantidad de estáticas y etéreas siluetas hu-

manas. Es curioso, nunca las había visto en mi camino. ¿Por qué de pronto se presentan frente a mí, como si el relámpago con su luz las hubiera denunciado? En mi pensamiento confundido, me pregunto y me respondo: “Serán almas en suspensión y trayecto rumbo al cielo. Personas muertas fuera de tiempo, o terminaron repentinamente con su círculo vital todavía abierto”. Son demasiadas, y siento una fuerte necesidad de unirme a ellas. Con esfuerzo, por fin, consigo liberarme y quitar el cinturón de seguridad del asiento en mi automóvil.

Estoy de pie en medio de la carretera, viendo con una extraña atracción al cielo. Yo nunca vi ese viejo y enorme camión cargado de grandes troncos de árboles cuando se acercaba peligrosamente y a toda velocidad invadiendo mi carril. Lo que escuché y vi, no fue un relámpago, ni el estruendo de algún rayo.

Tengo apenas treinta y dos años, mi nombre es Jesús Alfonso y voy rumbo a casa, entusiasmado para reunirme con mi familia y darles las buenas noticias, pero... Alguien, no sé quién, me detiene, me toma gentilmente de la mano, señala con su dedo índice las alturas donde se encuentran las siluetas humanas y me pide lo acompañe. Luego, me hace levitar en el aire, como los demás compañeros.

Yo quisiera ir primero a mi casa, con mi esposa y mis hijos, pero me es imposible, mi cuerpo ya no responde y lo único que logro escuchar y ver, son las luces y el sonido de sirenas de las ambulancias a toda velocidad, por la misma carretera donde hacía momentos yo transitaba contento rumbo a mi hogar.

JUEGOS

Los ruidos que se escuchan en su casa no son producidos por causas naturales. Son cinco fantasmas conformados en pandilla jugueteando día y noche sobre los muebles. Les gusta brincar en las camas, se esconden debajo de la alfombra y hacen con sus cuerpos sonidos de terror con la intención de espantarlo.

Se divierten bastante y siempre lo están invitando para unirse a ellos y asustar al resto de su familia, pero él es muy desconfiado de estos seres y sus actos fantasmales, además, él no acepta, porque solo quieren jugar el divertido juego, según dicen ellos, y lo llaman; los muertitos del cementerio.

Así lo hicieron hace tres meses con su abuelo, y ya nunca lo volvió a ver en casa.

VISITAS INTELIGENTES

Había en mi habitación esa hermosa soledad rodeada del silencio y los colores tintos del corazón vivo, en una tierna noche de invierno, cuando se empieza a disfrutar del aire fresco y soplan los últimos céfiros otoñales. Se veían las perfiladas sombras de los árboles con la luz de la luna cuando empezaba a brillar libre y aislada, sin nubes en el cielo. Las cortinas de gasa blanca en las ventanas se movían suavemente denunciando el clima, y no entiendo cómo pasó; una ráfaga de polvos, con el aire se metió hasta el rincón del cielo raso y allí se quedó con un temblor continuo, denunciando una figura siniestra y asustada en búsqueda de refugio o protección, ante algún peligro inminente, creí lo estaban acosando. No me asusté, ni tampoco puedo decir me pasó inadvertida su llegada, pero como últimamente mi espacio y entorno se ha estado poblando de un considerable número de extraños visitantes diurnos y nocturnos, pensé sería un integrante más de esa muchedumbre y lo dejé de lado.

Esperé terminara de conformarse como era, para poder identificarlo, pero en ningún momento dejaba de temblar y de moverse de un lado a otro sin llegar a una definida imagen. Por el olor en mi estudio, me pareció venía desde el bosque cercano, y eso me dio confianza. Mi paciencia siempre

ha sido fuerte y puedo presumir que el tiempo, para mí, solo cuando lo mides es importante. Esperé leyendo el libro abierto bajo la luz de mi lámpara, y en voz alta, con una musicalidad entonada para un poema, enfaticé cuatro versos que decían:

Sin cuidado llegó ante mis ojos
la oscuridad ciega,
me sostuvo la sombra eterna
y desapareció la luz.

Sobre mi hombro derecho, sentí la respiración de aquella presencia. Ya estaba tomando su forma, y tenía la mirada atenta al libro. No quise verla y en silencio seguí con mi lectura. Su movimiento al desplazarse, no tenía ningún sonido, solo el aroma y su baja temperatura. Nunca me ha molestado el olor avinagrado ni las temperaturas bajas, pero esa combinación con verduras haría una deliciosa ensalada. Con mi olfato y con mi piel pude seguir su desplazamiento. De mi espalda, se deslizó hasta el frente de mi escritorio y con sorpresa, descubrí su poder para mover los objetos sin tocarlos, utilizando la telequinesis. Mi libro dio un giro y quedó dispuesto para mi curioso visitante ahora frente a mí. Un silencio vibratorio se dejó sentir en mi cerebro, y el aire de las páginas al darles vuelta me golpeaban la cara por la rapidez de su lectura. Terminó de hojearlo y quiero pensar, también de leerlo en solo dos minutos. Luego, me estremeció el golpe seco de la dura y acartonada pasta al cerrarlo. Se hizo

otro corto silencio, luego la opinión del contenido en el libro. Escuché por primera vez el timbre y sonido de la voz de aquel fantasma tan asustado y ahora, en confianza, estaba interesado en la lectura. Con una voz oscura, como un barítono del coro en la iglesia del pueblo, me dijo:

—Buen libro de suspenso para haberlo escrito un humano vivo.

—¿Te parece interesante? —le pregunté con calma y con algo de presunción—. Es uno de mis ejemplares, lo escribí hace como dos años, cuando me vi obligado a esconder un alma descarriada y temerosa de ser juzgada por delitos no cometidos.

Luego me contestó con unas apresuradas y nerviosas preguntas.

—¿Entonces es verdad? ¿tú podrías ayudarme a sobrevivir en esta extinción, ahora cuando se está llevando a cabo en nuestro hábitat abstracto de seres fantasmales y espíritus chocarreros?

—No sé a qué te refieres; pero creo poder ayudarte o hacer algo por ti, y con todo gusto lo haría, si quieres protegerte de alguna injusticia en tu contra, pero si eres algún delincuente, te pido por favor, no me hagas cómplice de tus fechorías.

—Claro, es una injusticia lo que están haciendo conmigo y mis compañeros amigos —respondió—. Me acusan de asustar el intelecto humano.

Por el momento me desconcertó su respuesta, pero me interesó el tema.

—¿Atemorizar al intelecto humano? —pregunté en voz alta—. No entiendo.

—Sí. Cuando ellos, o su mente empiezan a poner en práctica la lógica y el sentido común, inmediatamente me presento como nube para oscurecer y atemorizar su memoria. Con ese miedo, se quedan paralizados como estatuas, sin actuar y yo disfruto de su terror hacia lo desconocido para ellos, mientras su intelecto se queda estático.

—Eso es muy cruel para las mentes pensantes. También para ellos cuando pudiesen tener pereza mental.

—Exacto —contestó—. Y ahí es donde me regocijo al estar más cómodo como fantasma en su mente, para no dejarlos progresar.

—Muy bien. Me parece entonces, no hay por qué huir y esconderte, o buscar mi protección. Aquí en mi casa y en mi caso, yo juego mucho con la lógica y el sentido común de las cosas.

—Pues sí. Veo a los escritores, sobre todo los poetas, siempre viven entre saltos a dimensiones inexplicables, con la facilidad de su palabra e imaginación. Yo los llamo fantasmas amigos de las letras destructoras de la lógica común, y constructoras de la crueldad en una realidad ficticia, donde la fantasía se apega a una cruda verdad argumentada y una piadosa mentira, y entremezcladas espantan.

—Entonces, ¿qué pasa? —le cuestioné—. ¿De quién estás huyendo y por qué ese temor tan evidente? —Hay un nuevo descubrimiento de los científicos, con el valor y el poder para ser más valientes, para dejar de creer en nosotros, y han empezado una aniquilación de nuestra especie, con sus verdades artificiales, burlándose de nuestra abstracción como entidades verdaderas y generadas por ustedes mismos.

En verdad lo vi muy preocupado, pero me interesó saber el verdadero fondo de ese temor, y a qué se refería con él “descubrimiento científico” mencionado. Creo, era el desarrollo y evolución de la mente humana, a tal grado, de no creer tan fácilmente en fantasmas, u otras identidades increíbles para el razonamiento humano. Quise entonces explicarle para no preocuparlo. Siempre vamos a creer en ellos y en las fantasías, porque nuestro cerebro tiene muchos estados mentales, sobre todo cuando el corazón influye y nuestra imaginación se desborda sin control, con el peligro de creer todo lo sucedido en nuestra contra o favor. Vi su sonrisa y su olor se transformó en un escondido enojo, luego me preguntó:

—¿Tú si crees en nosotros? ¿Verdad?

—Claro —contesté—. Hasta los protejo y hablo con ellos, con ustedes como ahora contigo.

—¿Y no me tienes miedo?

—Por supuesto, no, si yo mismo te estoy crean-

do y llevo este diálogo amigable entre nosotros. — Él quiso asustarme poniendo una cara horrenda y de maldad indescriptible, pero yo no me inmuté ni con su nauseabundo olor dispersado por su nariz y ojos. Tal vez al verme tan sereno, no le quedó más remedio y aceptó la realidad cuando le dije—: Uno mismo es el creador y destructor de sus propios fantasmas.

Luego, convencido, solo comentó con desilusión y desgano:

—Pues sí, así es.

Después, y antes de volver a esconderse en una lenta desaparición, abrió el libro sobre mi escritorio desde cierta distancia, sin tocarlo siquiera y en la misma página donde yo estaba leyendo. Luego, dejó una interesante pregunta en el aire.

—Dime:

¿qué opinas de la Inteligencia Artificial?

Esa noche no me dormí temprano como lo había planeado. Hasta la madrugada pude conciliar el sueño, porque no dejaba de pensar en el enemigo de aquel fantasma, creado tan inteligentemente artificial.

EPIDEMIA

Aún no terminan de enfriarse en su totalidad mis moribundas carnes. Todavía escucho a lo lejos los llantos y rezos de mis familiares y amigos. Ahora me siento en una soledad obligada por los protocolos sanitarios y empiezo a sentirme enclaustrado, en un recipiente oscuro y en su totalidad cerrado. Curiosamente ya no me asfixia, pero siento el rigor del frío llegando a mis huesos y antes de enfriarse por completo, llega el purificador fuego como tormenta de arena caliente en el desierto, con la fuerza destructora sobre mi piel. Primero llenándola de ampollas acuosas y después el crujido de mis fibras musculares y nerviosas, saltando hacia todos lados sin lograr acomodarse y quedarse quietas.

No siento si escapó mi espíritu o sigo con él impregnado en mis carnes quemadas, que pronto serán cenizas inertes recolectadas en un recipiente, junto con mis requemados huesos, al no consumirse dentro de este calor tan agobiante y exterminador. Veo a lo lejos los cielos borrosos con el humo negro y opresivo, cuando me permite reconocer un definido paisaje. Es una atmósfera densa y cegadora de la vista. A tientas me conduzco para no quedarme inmóvil, después del calor y el constante sufrimiento en mi cuerpo cremado en el horno de la incertidumbre humana.

No soy una bruja medieval condenada en un juicio perverso de la Santa Inquisición por acciones confundidas y convenientes para una iglesia sin piedad, en una condena acostumbrada para el hombre siniestro asesino de sus semejantes. Es esa necesidad de acabar con el virus invisible, temido, contagioso y destructor de la vida, soy una inocente víctima ahora sufriendo una sentencia impuesta en prevención de la vida. Pero, ¿no es la muerte una necesaria continuación de la misma? Sigo mis pasos y me siento ahogar en mis pulmones enfermos. No sé a dónde voy, a dónde dirigirme, no conozco estos parajes.

A lo lejos, donde se quedaron mis incinerados recuerdos, alcanzo a ver una pequeña luz parpadeante al ritmo de un aparato regulador, o vigilante de mis débiles y cansados sonidos cardiacos, con el aire forzado dentro de mis consumidos pulmones. ¿Estoy obligado a seguir con este mismo tormento, en esta nueva muerte cuando apenas comienza? ¿Será una condena constante y despiadada para una insegura eternidad? Mi alma no recuerda haber cometido algún pecado mortal, siempre llevé mi vida con el simple instinto de seguir las reglas establecidas. Ahora, por piedad, alguien dígame dónde conseguir un instructivo, para sobrellevar esta condena en mi muerte y en este mundo de fuego que, sin piedad, me sigue consumiendo.

DONES

De nuevo empezó a sangrar por su nariz sin encontrar la causa o el motivo, y sabía perfectamente, se repetiría por la noche, cuando estuviera a solas en su habitación. Volvería a sufrir ese fenómeno, conjuntamente en la imperiosa necesidad de escribir con sangre, sobre cualquier superficie, extraños conjuros. Todos dictados por una voz interior emitida en forma de audio codificado, generada desde la parte más desconocida de su corteza cerebral.

Apenas tenía trece años de edad y le gustaba leer cuentos e historias de épocas pasadas. Dibujaba también extraños pictogramas y escenas espeluznantes de hechos pasados, desconocidos y confirmados, o por acontecer en el futuro. Su habitación, cuando se presentaban estos acontecimientos, se convertía en un espacio distinto. Era en una cápsula esférica y cristalina, de regular tamaño, donde se llenaba con un gas cambiante de distintas densidades y colores en forma de humo. En ocasiones, él se encontraba dentro, en el centro de la esfera o recostado sobre la superficie exterior, con los brazos y piernas abiertas, crucificado en una cruz de tormento para San Andrés, y adherido con algún material, lo hacía deslizarse en derredor, viendo al centro y lo sucedido como si fuera una pantalla de proyección en su nebuloso interior. Los personajes aparecían dentro de la nu-

bosidad y le mostraban las distintas dimensiones y mundos desconocidos para los humanos.

Tuvo la oportunidad de encontrarse con sus antiguos orígenes ancestrales, familia lejana donde no era posible haberlos conocido, y le recordaban desde lo más remoto en las antiguas épocas de su origen. Todas las formas y rituales de sus antepasados, estaban dentro de la hechicería y parapsicología. Mujeres, ramas o raíces familiares ejecutadas en la hoguera y torturadas por la Santa Inquisición, o con la sabiduría medicinal de la herbolaria antigua y milagrosa. Sabios alquimistas descubriendo la causa de fenómenos desconocidos. Algo tenía en su material genético de humanos distintos a los demás de su misma especie, y lo hacía ver con los dones provocadores de esas facultades para ser quién era, y conforme iba creciendo se le reafirmaban otras raras y distintas cualidades o talentos, para poder comunicarse y visitar lugares y espacios inter dimensionales fuera y dentro de la tierra, incluyendo los mares en sus más recónditas profundidades.

Hablaba seguido consigo mismo y con otras entidades, sobre el daño psicológico en la raza humana y sus debilidades. Se veía el hombre ante las problemáticas relaciones establecidas entre ellos mismos, provocando enfermedades desconocidas, físicas y mentales, por hacer uso de medicamentos y drogas excesivas, sin prevenir los consecuentes

daños colaterales. Podía presentir y ver, cuando una persona o un grupo de ellos se tornaba peligroso. Varias veces pudo descubrir a los asesinos de algunas personalidades, cuando se comunicaban con él desde el más allá, para pedirle ayuda y decirle, quienes le habían dado la muerte.

Si estaban desaparecidos, vivos o muertos, él podía saber por ellos mismos, donde los dejaron ocultos o abandonados. Era mucho el poder acumulado en su cerebro, heredado de tantas generaciones. Sus dotes de sapiencia y lógica aplicada para el beneficio de la especie humana y la propia naturaleza del universo, se multiplicaban constantemente. Pero de nada servía ser un ser privilegiado con esa herencia de oscura fama, tarde o temprano por temor, al considerarlo peligroso, lo ejecutarían, pero antes, tendría el martirio y desprestigio de su persona por ser distinto, por ser diferente y a veces único.

INESPERADO DESTINO

Era tarde, estaba retrasado y decidí tomar un transporte rápido para llegar con tiempo a mi laboratorio. Fue un arranque veloz, como un agitado respiro. Creí haber llegado a mi destino, pero mi cápsula transportadora se estacionó en un lugar oscuro y desconocido. Una voz fuerte y cavernosa me dijo:

—Bienvenido. ¿Cuál es tu nombre? ¿Qué haces aquí? ¿Qué edad tienes?

No supe contestar, solo alcancé a balbucear mi primer nombre.

—Albert...

Me quedé mudo e inmóvil como si fuera una estatua de sal, cuando salía de las ciudades prohibidas y volvía la mirada atrás para ver qué pasaba.

No me explico cómo este vehículo individual del servicio público, con la rápida lectura de mi tarjeta en la pantalla de cobro, me haya transportado rápidamente a un lugar tan lúgubre como este. Creo, se desprogramó su computadora y confundió la dirección dictada con mis dedos en el tablero electrónico. Pero en esta época, aún no tenemos un modelo capaz de traspasar dimensiones inexistentes o abstractas. Me quedé en silencio, vi las figuras dantescas dibujadas en la penumbra, escuché los dolorosos quejidos y sollozos al llegar a mis oídos desde el interior de una densa oscuri-

dad, distorsionados por la acústica del espacio, y también, soportando el asqueroso y picante olor a podredumbre humana.

—Todos los mortales, tarde o temprano, llegarán a este lugar. Pero tú no tienes una moneda debajo de tu lengua, ni en tus ojos, solo llevas algunas resguardadas en las bolsas de tu extraña ropa —dijo otra tenebrosa voz.

No sé cómo se dio cuenta. Solo las cargo en caso de una emergencia, cuando no se aceptaba mi tarjeta. Al continuar el viaje de regreso a casa en el mismo tipo de transporte, tenía forzosamente que usar alguna de las dos modalidades. Además, ¿para qué necesitaba guardar una moneda en mi boca, o sobre mis ojos? No lo entiendo.

—No puedes entrar en este lugar, si no has pagado tu moneda de cobre para cruzar este río en mi barca —dijo a unos cuantos pasos de mí una figura espectral; descalza, vestida con una túnica y capucha oscura. Tenía un remo en la mano, y con voz lastimosa, seguro y enérgico reclamó.

—¿De qué manera entraste a este reservado lugar?

La verdad, todavía estaba desorientado. Todo parecía estar fuera de una lógica realidad, era como en otra dimensión, y ni en sueños lo había vivido. Y estos personajes, con cierto disgusto, me daban un misterioso e inseguro recibimiento. ¿Estaré llegando antes de tiempo al infierno? —me

pregunté desconcertado. La cápsula y yo estamos sin ningún golpe o rasguño, estoy respirando, no creo haber tenido un accidente mortal. Sigo sin entender nada.

Luego los dos personajes, conformando un dueto de tragedia griega, cada uno con su voz, entre coreuta y corifeo, se escucharon sus palabras más claras y firmes. Y en seguida, me sentenciaron:

—¡Fuera de aquí! Cómo te atreves a entrar de esta manera a nuestro sagrado recinto, antesala del averno. Todavía no es tu tiempo, aún estás vivo. ¡Fuera! Y solo regresa cuando ya estés muerto.

Tanto sus voces como sus figuras se desvanecieron en el espacio nebuloso de aquel tétrico lugar.

Con algo de temor, y sin pensarlo mucho, apresurado regresé a la cápsula, deposité las monedas guardadas en la bolsa de mi pantalón. Esta vez el arranque fue lento y el trayecto sin ningún contratiempo, pero no sé con seguridad a qué lugar me conducirá esta vez, porque ya lo dijo William Shakespeare:

—“Somos *juguetes del destino*”. Y yo agrego: también de su fantástica tecnología.

PURGATORIO

Después de conseguir una efectiva y perfecta comunicación con todos sus malos sentimientos generados dentro de su cuerpo, empezará seguramente una transformación y lo obligará a recapacitar sobre la vida que ha llevado hasta hoy. Perjudicó y ofendió a todas las personas con sus agravios, pero él nunca entendió y ni siquiera fue consciente de sus acciones. Su egolatría en exceso, era demasiado nociva.

Nunca tuvo algún momento en su desgraciada existencia, ni un comportamiento digno en sus palabras y acciones, para llevarlo a una sensata, benévola y piadosa satisfacción. Probó de todo a su alcance, pero nunca fue suficiente. Nada le salía bien, no tenía suerte, ninguna mujer lo quería, su padre había sembrado una mala semilla y su madre, su propia madre, nunca le dio el cariño suficiente para ser un buen hombre. Su vida era un verdadero desastre: la sociedad, sus amigos y compañeros de trabajo, lo notaban en sus malintencionados comentarios, en su mayoría, perversos e inaceptables.

En cierto momento, y tratando de vencer a su dominante soberbia, se dejó conducir por una extraña persona cuando apareció en su camino. Mediante singulares rituales, donde se contemplaba el acompañamiento de su propia soledad, el silen-

cio absoluto, la desnudez de su alma, la postura adecuada de su cuerpo, el desamparo de todas las personas conocidas y una forzada disposición para llegar hasta el final de su tratamiento.

En un espacio solitario cercado por cuatro paredes y un tragaluz en el alto techo, sin ninguna ventana para ver al exterior. Lo hizo sentarse en una simple silla de madera, sin ninguna pieza de metal en su construcción. Luego lo fue guiando a su vida anterior por medio de distintos aromas naturales, cuando fueron penetrando por su piel como espinas lastimando sin piedad su marcada vanidad, causándole la ira incontrolable contenida en su interior. Así logró regresar a su pasado y vio un futuro distinto.

Por sus ojos empezó a salir el humo negro y denso eliminado al momento con un brote de abundantes lágrimas de color rojo, cuando estas rodaron por sus temblorosas mejillas. Intentó entonces, en su delirio, encontrar el consuelo de cualquier fuente, lo necesitaba para fortalecer su espíritu. Se dio cuenta de que no lo podía obtener comportándose de la misma manera. Miraría hacia arriba, para suplicar y conocer la humildad. Lo hizo por fin y se limpiaron sus ojos. Un enorme grito silencioso dentro de sus oídos provocó la abertura total de su boca y empezaron a salir distintas imágenes, primero oscuras, sucias y difusas, luego se comenzaron a convertir en limpias, puras,

de colores brillantes, y hacían se reconfortara su cuerpo y su alma. La última imagen en salir, era una hermosa margarita blanca, y quiso entonces tomarla entre sus manos, pero se desvaneció en el aire y él, solo pudo recordar así, el nombre de su madre.

Yo no puedo asegurar si este hombre se haya convertido en adicto a este tipo de rituales esotéricos y aromáticos, o al estar con él mismo, en variadas posturas corporales, con humildad y motivado en su interior con puras, limpias y sanas acciones, se mantenga en paz con él mismo.

Si es así, siempre será mejor y ojalá nunca regrese a sus anteriores comportamientos que le habían hecho tanto daño, y lo señalaban como un individuo marcado ante su comunidad, con una malvada y perversa personalidad.

LEGADO

De mis ancestros me duelen los huesos, las vidas pasadas de sangre agotada, el fluido estancado, el alimento de gusanos y los espectros reflejados en retinas contraídas.

El terror es verdadero en espacios oscuros, en pasos desconocidos, inseguros, forzados y en los sedosos dedos del silencio ruidoso, con tu imaginación creadora de multiplicados y agresivos contornos.

Glándulas en funcionamiento agotante, adrenalina derramada a borbotones, inútiles antidotos corporales, cuando estás viendo en tu conciencia tu pasado funesto.

¿Cuántas muertes conforman tu herencia? ¿Cuántas raíces sepultadas en el tiempo? Ahora se presentan en veladas apariciones como seres de extraños resentimientos. Tu linaje corrompido en constante lucha con la búsqueda del perdón solicitado. La clemencia no se aplica en falsas solicitudes, ni en corazones disgustados con la vida. Otra historia cuenta tus estancias negativas, tus maquiavélicas acciones y no hay perdón para hechos consumados. Es pecado fingir el arrepentimiento y olvidar los ayeres, para construir sobre duales cimentaciones, genes pacíficos y violentos, buenos y malos en herencia, cultivados en tu cuerpo y en tu mente.

¿Ahora quién es responsable? ¿En qué lugar se ubica su comportamiento? ¿Quién dirige ese camino? Quién recogerá inconsciente tu legado de pasados y futuros inexistentes, solo el presente en temores constantes, la vida permanece compitiendo con el tiempo. Para unos termina...

Para otros, bien o mal, apenas comienza.

SENTENCIAS VISUALES

Tenían un tiempo considerable sin reunirse y él quería saber de ella. Dudó en llamarla por teléfono y pedirle una cita. Pensaba, tal vez, después de su inesperada ausencia y sin haberse despedido por su rápida y extraña desaparición, podría negarse a un amistoso encuentro. A eso le sumaba su temor al descubrirse, desde hacía algunas semanas, su nueva, peligrosa y desconocida cualidad, o defecto donde ahora, involuntariamente formaba parte de su armamento para luchar y combatir en secreto al mal y a sus malévolos practicantes.

Llegó la tarde, la hora del encuentro, y él la esperaba en el lugar convenido, pero llevaba puestos un par de anteojos oscuros, tratando de evitar las miradas directas a los ojos.

—Es bueno hablar y vernos nuevamente después de tanto tiempo.

—Sí, es bueno verte y estar cerca para platicar como antes. ¿Puedes quitarte esos lentes para verte mejor? —Le pidió amablemente.

Así lo hizo, pero de vez en cuando desviaba su mirada. A sus veinte y tres años seguía siendo tímido.

—Desde mi llegada de nuevo a esta ciudad te he visto desde lejos y con cierto temor a estar frente a frente como ahora, en este parque.

—Yo también, pero tú te escondes o me huyes.

¿Puedes decirme qué pasa?

—Sí. Claro —le contestó—. Pero antes quiero preguntarte, ¿supiste de mi desaparición?

—Sí, estoy enterada y sorprendida —respondió Luisa rápidamente—. Fue una noticia a nivel nacional lo de tu secuestro.

—No —contestó aclarando—. No fue exactamente un secuestro.

—Entonces, ¿dónde te escondiste? Se construyeron mil suposiciones. Algunos dijeron; está de viaje, lo becaron, se casó y está en su luna de miel, y lo más drástico, que te habías suicidado.

—No amiga —le dijo, tratando de aclarar las cosas—. No entiendo todavía qué pasó, pero estuve en ciertos lugares desconocidos, donde el tiempo y el espacio no existían.

—¿En serio? —preguntó burlándose—. ¿De cuál fumaste?

—Solo te diré, ahora ya no soy el mismo y me preocupa mucho que alguna persona se acerque a mí, cruce su mirada con la mía y le descubra su interior para su desgracia.

—¿Cómo es posible? Si aquí estamos muy cerca, viéndonos uno al otro.

—Y eso me da mucho gusto —le contestó—. Antes me preocupaba. Ahora me siento feliz y seguro.

—Yo también. Me gusta platicar contigo. Pero déjame preguntarte: ¿por qué no querías acercarte a mí, y no me permitías hacerlo?

—Por temor. Mira, te contaré, sentémonos aquí en esta banca. ¿Te has dado cuenta de las frecuentes muertes en esta región? —le preguntó interesado.

—Claro, todo mundo está enterado. Aunque se escuche mal, nos da mucho gusto esta situación, porque curiosamente, mueren en su mayoría, las malas personas. Delincuentes, asesinos y otros maleantes indeseables en nuestra comunidad. ¿Por qué me lo preguntas?

—Quiero confesar... el culpable soy yo.

—Pero ¿cómo? —preguntó intrigada—. ¡No es posible!

—También para mi es extraño. Después de mi ausencia o desaparición, me he sentido distinto. Cuando alguien pasa cerca de mí, y existe en su pasado alguna deuda con la justicia, o ha cometido algún delito de sangre consciente de los hechos, yo... talvez no me lo creas, pero ahora, después de esto, siento al mirar a los ojos de esas personas una extraña reacción en mi interior.

—Explicame, no entiendo. ¿Solo los miras y ya? —preguntó.

—No es que quiera hacerlo, pero algo sucede, me pone alerta al sentir la malicia descontrolada y puedo descubrir cuando llevan en su ADN el gen de la maldad.

—Pero todos tenemos algo de malicia en nuestro interior —afirmó muy segura.

—Claro, sí, pero necesitan estar equilibrados en un buen nivel ambos valores. Nunca debes permitir el dominio de forma permanente y en exceso la bondad, o la maldad. Debemos mantenerla en un justo equilibrio. Eso es tener un buen biorritmo.

—Tienes razón. Ahora dime —Preguntó curiosa—, ¿qué sientes cuando me ves?

—Lo mismo de siempre.

—Yo me siento bien cuando estoy en tu compañía, y creo tú también.

—Y así es, pero...

—Pero ¿qué? ¿Pensabas que tenía algo de maldad dentro de mí?

—Pasa que no solo lo había descubierto y con ciertas personas sucede, pero no con todas. Para mí ha sido muy difícil comprender este raro fenómeno. ¿Quieres saber en dónde estuve? La verdad no he podido descubrirlo. No creo que fuera en este planeta ni en esta dimensión. A veces me descubro en sueños, levitando y tendido en una plancha de operaciones, con aparatos sofisticados, que intervienen mecánica o robóticamente mi cuerpo. No siento ningún dolor, solo una inmensa tristeza y me ahogo en mis propias lágrimas, pero luego viene una reconfortante expiación. Después, me siento más fuerte y seguro. Algo pasó dentro de mí. Trato de explicarme, pero no entiendo. Siempre me estoy preguntando, ¿qué clase de fuerza o cualidad sobrenatural me injertaron? ¿Por qué

ahora me hace ver situaciones y estados de ánimo en otras personas, si antes no podía ni siquiera distinguir en mi intuición?

— ¡Caramba! Empiezas a asustarme. ¿Por qué no ves a un médico?

—Ya lo hice. Todo mi cuerpo y sus funciones están perfectamente normales.

—Bueno, entonces acude a un sacerdote en el templo.

—No me atrevo. La iglesia podría malinterpretar mis actos y tacharme de hechicero maligno —le contestó.

— ¿Entonces qué piensas hacer?

—Verdaderamente no sé. Tampoco quiero la revisión de algún psiquiatra o necesite de la psicología para volver a la normalidad. Tal vez, acostumbrarme a vivir con esto. Quizás con el tiempo o con otra intervención se me quite, desaparezca de un día para otro, pueda dominarlo y manejarlo para beneficio de todos y entonces, pueda parecer o verme normal.

—¿Entonces, eres un asesino? —preguntó preocupada.

—No es mi deseo hacerle mal a nadie, mucho menos ser un juez o justiciero. Solo es esa fuerza interna que me hace reconocer, sentir y voltear a ver fijamente a las personas cuando han hecho algún daño ético.

—Bueno, a eso le podemos llamar... Justicia.

—Tal vez, justicia involuntaria, porque va en contra de mis principios. Yo solo soy un instrumento de algo más grande, y por mi conducto está haciendo o aplicando las condenas que nuestros jueces y autoridades, no han ejecutado.

Ella lo miró desconcertada y no contestó, solo se tocó con su dedo índice su fina barbilla y emitió un prolongado y pensativo, “mmm”. Él, siguió explicando.

—Algo parecido he notado en las reacciones de mis perros en casa. Cuando pasa alguna persona con características externas, propias de una mala persona, inmediatamente se inquietan y se ponen a ladrar, hasta verlos alejarse. No creo que sea solo por verlos, porque a veces están retirados, fuera de su vista y ellos los presienten. No sucede esto cuando las personas se ven o demuestran su bondad y eso mismo me pasa, pero yo no los ataco, ni les digo nada, me basta con verlos solamente en su interior cuando responden a mi mirada. Es entonces cuando me invade un sentimiento obligado e inconsciente, sin que intervenga mi voluntad para anular y extinguir por cualquier medio, el resultado de esa malévola sentencia.

—¿Y cómo te puedo ayudar? —le dijo con un tono de apoyo incondicional.

—Tal vez, guardando muy bien éste secreto y comprendiendo esta situación tan preocupante por ahora.

—Claro. Te entiendo perfectamente y agradezco tu confianza y sinceridad. De mi boca no saldrá ninguna palabra que te acuse ante los demás —le contestó mirándole fijamente a los ojos, y con un fuerte apretón de manos, luego le hizo una petición—. Ya se hizo tarde. ¿Qué tal si mañana me llamas por teléfono, para volver a vernos y así me cuentas como te has estado sintiendo?

—De acuerdo. Pero... acércate a mí, no grites, ni demuestres miedo —le dijo en voz baja alertándola. Un grupo de jóvenes vestidos estrafalariamente se acercaba a ellos de una forma sospechosa. En ese momento, sintió algo raro y peligroso.

—Vámonos, se ha hecho tarde y no es bueno quedarnos solos en este parque ahora tan solitario. —La tomó del brazo y la atrajo hacia él—. Ven, te acompaño hasta donde está tu automóvil.

Aclaro, él no era un hombre de complexión fuerte, mucho menos robusto, sino todo lo contrario, era delgado y con un aspecto de introvertido, incapaz de hacerle daño a alguien.

Los pandilleros llegaron directo hasta ellos, los rodearon con sus miradas amenazantes, sacando de entre sus ropas diversas armas de fuego y punzocortantes. Con crudas palabras, los insultaron y les advirtieron que los matarían si no les entregaban su dinero y objetos de valor. Indefensos, no encontraban cómo hacerle. Pero en ese momento, el sonido de una sirena de auxilio médico pasó cerca

de allí, asustó a los asaltantes y huyeron corriendo. Así, nuevamente se quedaron a solas.

—Qué bueno que no les entregué las llaves de mi automóvil, solo lograron llevarse mi pequeño bolso con un poco de dinero —le dijo ella todavía con el miedo en su semblante, luego aliviada le propuso—: Ven, te llevo a tu casa, queda sobre mi camino.

—No. Gracias, está cerca y quiero caminar un poco, tal vez pueda aclarar mi pensamiento. Siento agitado mi corazón, y un sentimiento muy agudo de duelo y lástima me acongoja. Quizás caminando se me quite. Gracias de todas maneras. Solo te acompaño hasta el estacionamiento.

Al llegar, le pidió cuidarse mucho y la despidió con un amigable abrazo y un beso en la mejilla.

—Hasta pronto —le dijo y se despidió. Luego ella, arrancó su automóvil y se perdió entre las calles.

A la mañana siguiente, muy temprano, el insistente timbre del teléfono lo despertó.

—Bueno. Sí, soy yo, Miguel. ¿Cómo estás?

Luisa, con voz agitada, al otro lado de la línea, le pedía:

—Enciende tu televisor. ¡Puedes ver el noticiero! Son los pandilleros que intentaron asaltarnos ayer, y parece todos están muertos, solo uno quedó vivo, pero en condiciones muy preocupantes. Dicen se volvió loco, porque solo repite constan-

temente y sin ninguna pausa: “Yo no quería hacer mal a nadie. Piedad. Piedad. Yo no quería...”. Lo llevaron a un hospital neuro-psiquiátrico. Nadie sabe cuál fue la causa de este suceso. Cuatro delincuentes murieron de manera inexplicable y uno de ellos perdió la razón.

Miguel, sin contestarle nada, se tocó el pecho con la mano abierta, inclinó su cabeza en silencio con un solemne respeto y humildad, luego, sentenció involuntariamente y con una voz desconocida en él: “Que se lleve a cabo el exterminio de la oscura maldad”. Mientras en el teléfono se escuchaba la voz angustiada de Luisa.

—¿Estás ahí? Miguel. ¿Estás ahí? ¿Me escuchas?

La respuesta; fue una fría y metálica grabación: “El día está cerca y llegará la misericordia hasta tu casa”

Él se desplomó inerte sobre su cama y una luz brillante lo envolvió por varios minutos haciendo en su cuerpo, una purificación que lo dejó profundamente dormido, en un reconfortante sueño. No sabía si volvería a donde había estado, o solo era una pausa para después continuar con su nueva misión, cuando volviera a ser el Miguel por todos conocido.

ACTUACIONES

Con su carrera como actor en las películas de terror, miedo, suspenso y fantasía, logró construir innumerables personajes siniestros y fantásticos. Todos muy bien caracterizados, propios de un excelente actor y merecedor de varios premios en la academia de cine estadounidense.

Su fama se extendió por todo el mundo y llegó a ganar una gran fortuna con sus excelentes actuaciones y abundantes contratos. Pero una noche, al terminar la filmación, se dirigió apresurado rumbo a un céntrico bar para convivir, tomarse algunos tragos con sus amigos y compañeros de trabajo, que ya lo estaban esperando. Con la prisa, olvidó despedirse de sus personajes y dejarlos resguardados bajo llave en su camerino.

Después de algunos tragos, se retiró a solas caminando por los oscuros callejones rumbo a su casa. Pasaba la media noche y de pronto, a su paso, sin esperarlos, apareció una pandilla de criminales conformado por vampiros, momias, hombres lobo, fantasmas y bestias infernales comandadas por el peligroso Jack el destripador y el estrangulador de Boston.

Estos, disgustados y resentidos por sus imitadas caracterizaciones, lo suicidaron cortándole la cabeza y abriéndole el abdomen en un acto

sangriento, banquete para los vampiros, como si fuera un verdadero ensayo y sin poder recurrir a un extra que lo sustituyera en esa, su más pésima actuación y fatídica conclusión de su vida.

CONTRATO

Después de haber firmado, con su propia sangre, un extraño y singular pacto diabólico, se negaba a entregar completamente su alma, por el temor a morir y sufrir los más crueles y despiadados tormentos, que le pudieran arruinar su juvenil y hermoso cuerpo.

En un momento de desesperación, invocó a las fuerzas más oscuras en el tenebroso plano del submundo, con el Dios más cruel y despiadado que la humanidad haya conocido.

Con un contrato legal, se comprometió a entregar su débil ánima, a cambio de permanecer con todas las características físicas, propias de un caballero joven y apuesto, una vida plena de todos los lujos, placeres y vicios, una inmensa riqueza y, en fin, todo lo que cualquier mortal ambicioso desea tener en su vida. Pero sobre todos estos acuerdos, estaba ser eterno. No envejecer ni morir, aunque su alma se estuviera desgastando poco a poco, con los pagos parciales contratados y el cruel paso del tiempo.

Ante el cumplimiento puntual de la parte sombría, para aquel notariado acuerdo, el alma se le fue escapando de su cuerpo, sin perjudicarle su juvenil salud y apuesta apariencia.

Todo su avance y deterioro físico temporal, solo afectaba a una fotografía de su cuerpo, situa-

da en la pared junto al gran espejo, donde continuamente se veía para confirmar que solo la imagen envejecía y podría borrarse, pero él no, porque su cuerpo se mantenía físicamente igual.

Con los varios siglos de su existencia, y cumpliendo con el contrato, su fiel espejo se fue opacando y su brillante superficie plateada, se negaba a reflejar su jovial figura. Alguien o algo había invadido su interior. Eran las almas en pena de quienes habían muerto, víctimas de este hombre y su maldad. Conforme su alma se iba entregando estaba transformándose interiormente, en un desalmado ser, y no le importaba cometer las más aberrantes acciones y delitos practicados por algún humano. La misma superficie cómplice, que le alimentaba su inmensa egolatría y le confirmaba el cumplimiento de las cláusulas del convenio, estaba siendo utilizada como portal, por donde él y espíritus resentidos, atravesaban sus manos y parte de sus brazos, en signo de súplica y amenaza, para que por fin estuviera con ellos, y así poder cobrar la justa venganza. Habían estado esperando ese momento, y ahora por fin, podían salir y enfrentarlo, porque la mayoría de ellos fueron asesinados por sus órdenes o crueles manos.

Ya no podía verse claramente su juvenil figura, para confirmar los acuerdos del contrato, pero con ver su fotografía como seguía envejeciendo y hasta podía morir, se conformaba.

Con tantos años de edad acumulados, su querido espejo, ahora invadido en su interior por esa fuerza vengativa, se rompió un día y dejó en libertad las manos que apresaron a su mortal verdugo. No podían hacerle lo que él les hizo a ellos, porque el contrato se los impedía. Era inmortal. Entonces, lo arrastraron con ellos a compartir los más oscuros espacios, asignados en las profundidades del infierno.

Su fotografía ya no mostraba su continuo añejamiento, tampoco fue destruida por él, como en la historia de Dorian Gray. Con su arrogancia, vio con mucho placer, como si fuera una película en cámara lenta, la muerte y desaparición de su imagen. La calavera de su cabeza se esfumaba irremediablemente por la crueldad del tiempo, y la entrega total de su alma, cuando se quedó en blanco, sin contener una sola marca de su existencia en este mundo.

Pero éste satánico mercader de almas, dentro del oscuro averno, se convirtió en un importante miembro del séquito infernal y le fue encomendada la tarea de seducir, con su juventud, encanto y galanura, provocar en toda la humanidad, la propagación de la vanidad, la arrogancia y la lujuria.

Algunas veces logró seducir y llevarse con él las almas de algunos, hermosos, vanidosos e inocentes angelitos celestiales.

En la actualidad, comentan, lo han visto aparecerse como un hombre muy guapo, vestido de catrín, o como un adinerado narcotraficante, en distintos centros nocturnos, para así, seguir recolectando almas puras, que caigan en sus seductoras manos, y con su sangre, firmen muchos contratos, para obtener más tiempo de vida y fortuna a cambio de sus almas.

QUÉ MIEDO

Tenía varias semanas enfermo, era muy viejo, nada lo aliviaba, lo habían llevado con innumerables médicos, curanderos del pueblo donde vivía y hasta de otras ciudades lejanas, pero no le curaban nada. Se encontraba muy grave y era seguro que pronto moriría.

Anoche había mucho viento, los perros ladraron como si vieran pasar la muerte. Estaba muy pesado el aire, había quejidos lastimosos en las rendijas de las puertas y ventanas, queriendo entrar para asustarnos. Y afuera, aquel incesante concierto de aullidos acarreados por el aire que no cesaban ni por un momento. Angustia y desesperación nos hicieron temblar el pensamiento. Cuanta pena y que desgracia. Parece un día cualquiera, pero en el cielo se ven las nubes en montículos de algodón y detrás la puerta luminosa con grandes destellos de luz. Hay almas que suben, almas que bajan, y nosotros aquí, tratando de entender este destino, a veces con alegría a veces con grandes tristezas y así poco a poco y con el tiempo, nos vamos aniquilando.

Ahora, ya es de noche, ya no escucho más a los perros, ni sus ladridos siniestros. La luna está quieta y se detuvo el viento.

Gracias a Dios! ¡Ya sepultaron al muerto!

ROBO

Alguien, no sé quién, se robó algunas de mis pertenencias. Aprovechó mi ausencia en casa. Se metió como el viento y con las intenciones de llevarse mis más preciados valores y emociones.

Violentó mis habitaciones donde guardo mis propiedades físicas y morales, donde viven entre los muros las energías y humores generados. Los documentos comprobantes de mi existencia, herramientas de trabajo y mis provisiones. La conjugación de mí creatividad y sentimientos, una pila de recuerdos y experiencias donde se han guardado por años y se han congelado para hacer ahora compañía indispensable. Las cámaras de vigilancia y alarmas fueron desconectadas y arrancadas de tajo para también llevárselas, no hubo piedad para sustraer y sin ningún respeto, el más mínimo aparato electrónico que los denunciara, porque cortaron la electricidad, antes de entrar a robar mis posesiones. Los certificados, títulos y diplomas, matrimoniados con el conocimiento. Los lugares de descanso, trabajo, creatividad y sueño. Los pasillos por donde camino de la mano con el tiempo. El lugar para asear mi cuerpo. Mi alcoba con el lecho, en el que se implantan, se impregnan y guardan mis descansos. Mi cocina, sitio vital para la preparación de mis diarios y nutritivos alimentos. El espacio de mis pasatiempos, mi escritorio

dónde juego con mis fantasías, leo mis aventuras y las de todos mis amigos.

Sitios que son templos de mi presencia y memoria, con las oraciones y rezos para seguir viviendo, cuando te asusta el apresurado progreso y el futuro incierto.

La vida pasa, no se detiene, madura como fruto con la cruel edad del carbono y el endurecimiento del calcio en tus cansados huesos. Se atrofian los órganos y las glándulas vitales funcionan a medias, o se van muriendo solidarias con tu propio cuerpo. Cuánto acervo acumulado de libros y conocimientos en estas edades reunidos y conservados en complicidad con mis distintas etapas de cambios logrados, en mi mente y cuerpo.

Había, cuando llegué por la tarde, un paisaje de soledad, un llanto de impotencia y despojo. Las ventanas y puertas abiertas, cansadas de gritar por ayuda, buscando a alguien para auxiliarlas y soportar, tal vejación en su intimidad y vestimenta. No llegó nadie, ni la policía, ni los incrédulos vecinos se dieron cuenta. Qué llanto tan silencioso y solitario, acumulado en las paredes de mi casa, por el despojo de sus adornos arrancados sin piedad de su protección. La facilidad y la destreza de aquellas manos de seda violadoras de las cerraduras más seguras en las entradas. Lo que no quisieron o no pudieron llevarse, lo dejaron apilado sobre las baldosas, en el piso del vestíbulo, listo para una preci-

pitada y oportuna salida. Aparatos electrónicos de regular tamaño, equipo de cómputo, pantallas de televisión y computadora, el horno de microondas, la licuadora, etc.

Aún no he visto cuánto falta de mis valores monetarios u objetos pequeños de valor y fáciles de cargar en pequeñas bolsas, sin ser notados. Hasta dónde estará ligado mi valor estimativo dado a cada cosa bien guardado, por bastante tiempo, y había sido parte física y testigo de mis penas o alegrías. Ahora y sin remedio, eran secuestrados los recuerdos que se llevaron con ellos, sin darse cuenta que mi archivo personal de sentimientos nunca podrán llevárselo, porque no se pueden sacar de mis más profundos adentros, donde los conservo como herencia y en testamento, para entregarlos cuando y a quién yo quiera.

Ruego a Dios y no me ataque una delicada enfermedad. Se presente como una verdadera ladrona de la mente y sus atesorados recuerdos o me mate el cerebro antes de que mueran mis demás carnes.

VISITAS

Algo pasó aquella noche. Una extraña visita interrumpió de pronto su apacible descanso, y después de una acalorada discusión con su visitante, ya no pudo por esa vez, conciliar el sueño. Sus hijos solteros todavía en casa viviendo con él, no hicieron ningún caso de sus gritos. Era muy frecuente que hablara solo, despierto en sus quehaceres o en sus sueños, y hasta gritara fuerte cuando tenía pesadillas. Al final, la discusión con su visitante terminó en un rotundo y claro:

—¡Está bien! ¡Acepto!

Ningún vecino, ni las cámaras de vigilancia denunciaron alguna preocupante presencia en casa o en el vecindario. A partir de esa fecha, don Gustavo tuvo un notable cambio en su comportamiento. Dejó de sentarse en su acostumbrado y cómodo sillón frente al televisor, donde pasaba mañana y gran parte de la tarde viendo y escuchando la programación de sus canales favoritos, hasta quedarse profundamente dormido.

Ahora, se quedaba la mayor parte del día en su recámara, tratando de hacer el menor ruido. Ocupaba su tiempo en vaciar su guardarropa para seleccionar las mejores prendas y desechar en donación las que eran pasadas de moda, no usaba o no le gustaban. También los relojes de pulsera, sus juegos de mancuernillas y pisa corbatas tan finos

y costosos, además de alguna joyería que lucía en ocasiones especiales; solo dejó en su dedo, aquel anillo puesto desde su boda. Casi todo lo vendió o regaló a sus hijos y nietos. Ordenó también los documentos necesarios para legalizar sus propiedades y ponerlos en asignación con un bien redactado testamento. Se aseguró de pagar sus facturas en deudas monetarias pendientes. Los amigos y conocidos de cerca, se preguntaban ¿por qué había cambiado tan radicalmente su comportamiento? En su difícil carácter tan agrio y seco, se podía percibir el cambio positivo.

Habían pasado exactamente siete ocupadas semanas, en donde estuvo ordenando su anterior vida y la que ahora vivía. No salía de su casa, permanecía ocupado en sus asuntos y atenciones, tan solo descansaba cuando tomaba sus alimentos, se aseaba y destinaba un buen rato para hacer a solas su oración por la mañana al despertar, y por la noche al prepararse para dormir. Se le veía hincado en el piso sobre un ralo tapete, sin interrumpir sus oraciones, a un lado de su cama, con las manos juntas y la cabeza baja, entregado a su silencioso rezo.

Cierto día festivo, la familia se reunió en la mesa para los sagrados alimentos, don Gustavo habló con ellos, les dijo lo mucho que los quería, y les pidió lo perdonaran si alguna vez los ofendió o trató mal al estarlos educando. Sorprendidos,

ellos no quisieron decir nada y le permitieron con gusto seguir hablando con sus tiernas y amorosas palabras, que no salían de su boca desde cuando enviudó. Algo había sucedido en él, porque ahora se expresaba con cariño y sinceridad, provocando el sollozo y callado llanto de sus hijas. Ellas se levantaron de la mesa y lo abrazaron amorosamente para corresponder a sus sinceras palabras.

Al final de la cena dio las gracias por los alimentos recibidos y la compañía de su familia que lo hacían tan feliz, le recordaba su alegre pasado cuando vivía su esposa y eran una amorosa familia. Se retiró a su recámara para descansar, no sin antes abrazar a cada uno de sus hijos, a sus nueras y sus yernos.

—Buenas noches a estos chiquitines, mis inquietos y queridos nietos —dijo acariciando a los pequeños. Todos comentaron sobre su reciente cambio de comportamiento, durante casi siete semanas transcurridas.

A la mañana siguiente, requirió la ayuda necesaria para llevar una pila de cajas llenas de sus pertenencias para regalar. Pidió a uno de sus hijos lo llevara en su camioneta hasta una comunidad pobre en las afueras de la ciudad. En el transcurso del camino, platicó con él y le explicó con escasas pero sinceras palabras, lo que había sido vivir su vida con algunos lujos que ya no necesitaba para ser feliz, viviendo con la humildad que ahora te-

nía en su corazón. Fue una despedida velada, como consejo. Al llegar al lugar con las personas a las que obsequió sus pertenencias, ponía en sus manos los regalos y se regocijaba su corazón al ver el agradecimiento reflejado en las caras de aquellas personas tan necesitadas. Era la imagen viva del humilde San Francisco de Asís. Disfrutó mucho encontrarse con los rostros alegres y muestras de agradecimiento, al obsequiarles aquellos, sus apreciados bienes que todavía le quedaban y lo habían acompañado en su vida. Por fin, terminó la entrega total de sus pertenencias y suspiró aliviado viendo el cumplimiento de su encomienda.

Esa noche, en su recámara, vestido de una manera modesta y sencilla, y con ese único cambio de ropa que le quedaba, estuvo como las noches anteriores, al lado de su cama. Terminó sus oraciones con el conclusivo amén siete veces repetido y con el más grande fervor en su corazón. Luego, se santiguó, suspiró aliviado y se quedó dormido sobre las humildes y blancas sábanas, esperando en su reconfortado sueño, la hora para entregar su espíritu a ese alguien que aquella vez, hacía cuarenta y nueve días exactamente, a la misma hora, había acordado venir por él.

Cuanta paz tenía su cuerpo, que descanso tan placentero llegó a su humilde lecho para acompa-

ñar y cuidar de su tranquilo sueño. La noche estuvo tranquila, nadie pudo ver ni sentir algún hecho trascendente que pudiera alterar el sueño de los demás integrantes de la familia que vivían con él, ni siquiera en el vecindario.

Al amanecer, no se presentó a desayunar como era su costumbre. Fueron hasta su recámara y lo encontraron en la cama, aún vestido, sus manos unidas sobre su pecho, y sin respiro alguno, solo aquel perfume a rosas que, desde un tiempo reciente, se empezó a oler en su habitación. Había muerto dormido y en paz, como un buen cristiano. Eso fue porque cumplió a pie de su palabra, el compromiso que había pactado cuando discutió con aquella extraña visita a tan altas horas de la noche. Pasó ese día. Se llevaron a cabo todos los servicios funerarios, y al siguiente, por la mañana, afuera la escasa lluvia oscurecía por momentos con sus nubes pasajeras, el camino que lo conducía hasta el cementerio, en medio del llanto de sus familiares. Lo trasladaban en la carrosa de la funeraria y recostado en su humilde ataúd, únicamente con la ropa que le quedaba y tenía puesta en su purificado cuerpo.

PREMURA

Sin prejuicios y de un seguro salto, llegó al fondo de su tumba abierta en el cementerio. Ya lo esperaban el hueco terroso, la soledad y el silencio. Tal vez, hasta los hambrientos gusanos de los muertos.

Nadie lo empujó, ni siquiera el aire se dio cuenta de su movimiento tan callado y oculto.

Cuando el viejo sepulturero lo vio quieto, sin mortaja, tieso, acomodado y esperando la cobija de tierra para su descanso eterno, se sorprendió bastante, pero siguió con su tarea de enterrarlo sin decir nada. No habría más sueños, no tendría más pesadillas o preocupaciones, esperaba estar sereno, tranquilo, con la alegría reflejada en su cara, pero lo desesperaba la incertidumbre y el peligro de no vivir en paz su muerte.

LA COMPRA

—¡Mira, observa bien esa maravilla, qué detalles, que, acabados, qué materiales! —lo decía como si estuviera platicando con un acompañante—. Es mucha suerte encontrarse en estos lugares con objetos tan bellos y valiosos, aunque sean usados, de segunda o tercera mano. ¿Crees que se vería bien, cuando lo acomode en la pared lateral del vestíbulo, en la casa que me heredó mi abuela? Creo, está hecho para decorar y servir en ese espacio de recepción. Se ve que aún conserva su calidad artística y el tiempo le ha regalado la pátina de antigüedad necesaria para hacerlo una pieza única. ¡Sí señor! ¡Lo compro! Me lo llevo, tiene un buen precio y desde el momento que lo vi, me llamó mucho la atención interna. Es como una súplica, una seducción de su parte y un fuerte deseo de llevarlo conmigo.

Ahora, en la antigua casona, me dedico a limpiar el polvo acumulado por el tiempo en sus exquisitas molduras de su hermoso marco. Es bastante su brillo, no necesita ningún barniz, ni reparación alguna. Sin embargo, he advertido una pequeña fisura en el lado inferior izquierdo. A simple vista no es muy notable. Todavía no lo he colocado en su lugar asignado, lo conservo dentro del gran armario que pertenecía a mí difunta abuela, en mi recámara. Continuamente me acerco para admirar

la excelente hechura tan atractiva y cautivadora. No es tanto el deseo de verme reflejado, nunca he sido una persona narcisista para andarme viendo constantemente en los espejos.

Tengo varios días, extasiado y admirando mi singular compra. Por las noches, en el silencio, se escuchan pequeños crujidos, son casi inaudibles, como si se cuarteara un cristal por el cambio descendente de la temperatura. No sé su origen, pero empiezo a inquietarme. Ha cambiado el aire en las habitaciones, no es el mismo, se respira diferente y tiene un olor a vinagre muy molesto para mi nariz y su color es más oscuro. ¡Quién o qué, puede ser la causa de estos cambios tan rápidos y extraños!

Desde que tengo conmigo ese hermoso espejo, cuando duermo, en mi sueño veo a mi abuela, está inquieta y con cara de angustia. Por más que sus labios conformen palabras desesperadas, no logro escuchar ni entender nada. Esto me provoca despertar continuamente por las noches y en la mañana, sufrir las consecuencias del mal sueño.

Se me ha creado una obsesión, contemplar por largos ratos la belleza de mi espejo, me hace ver en el aire mi alegría y la dependencia adictiva de estar cerca de él. En esta ocasión, descubro, para mi sorpresa, el cambio sufrido con aquella pequeña fisura casi invisible. Ahora es más grande y se ha convertido en una red de cuarteaduras más notorias por donde se escapa ese olor tan desagrada-

ble. Con curiosidad, paso mi mano sobre de ellas para tocarlas y sufro cortaduras en las yemas de mis dedos, la abundante sangre fluye y sin gravedad atmosférica, no cae al suelo, es absorbida por las líneas de fisura en el cristal. Retrocedo varios pasos inmediatamente, pero desde esa distancia, veo dentro del espejo personas atrapadas, con muecas de gritos sin sonido. Sus bocas están muy abiertas, como en los sueños con la abuela, y en mis oídos, resuena una siniestra carcajada. Asustado, corro a lavarme las manos y con vendas contengo el sangrado.

Durante el resto del día no he vuelto a mí recámara, he permanecido en la cocina en un estado de letargo que no entiendo. Un amigo y su esposa vinieron a visitarme. En seguida notaron el marcado deterioro en mi persona y la atmósfera siniestra que se respiraba en el espacio. Ella, con su sensibilidad femenina o su don para ver más allá de lo real, me comentó:

—Esta casa ha sido invadida, es necesario localizar e identificar al invasor, antes de que sea demasiado tarde.

Me llovieron entonces un sinfín de preguntas: ¿Tienes una mascota? ¿Perro, gato, serpiente, conejo o lo que sea dentro de tu casa? ¿Te sientes débil o cansado? ¿Necesitas ayuda? ¿Te alimentas nutritivamente?

A todas sus interrogantes, la respuesta fue un

¡NO! Rotundo y déjame en paz.

—Esto es preocupante y peligroso —dijo en voz baja.

Un segundo bombardeo, perforó mis oídos hasta llegar a mi cerebro:

—¿Tienes poco apetito? ¿Sufres de insomnio? ¿Te da pereza levantarte de la cama? ¿Tienes sueños extraños? ¿No quieres salir de casa?

En este caso, todas las respuestas fueron un ¡SI! Desesperado y con una mueca suplicando ayuda. Luego perdí sin darme cuenta el conocimiento y caí al piso.

No sé cuánto tiempo haya pasado, mis amigos me sacaron de mi inconciencia. Me encuentro en una habitación y no es la mía, con un olor a miel y canela. Descubro para mi sorpresa, distintos amuletos en derredor de mi persona, toco mi frente y no es sudor, es un espeso aceite aromático, pero me agrada el olor. Cierro mis ojos y respiro hondo. Empieza una proyección de sucesos en mi mente, aparece mi abuela sonriente y me da instrucciones con palabras inteligentes y seguras para convencerme.

—Destruye ese espejo, sácalo de nuestra casa, llévalo a donde los rayos del sol bajen perpendiculares a la tierra, como espada forjada por ciclopes mitológicos, y su rayo candente lo destruya, mientras, yo cerraré las puertas de mi armario para no extender más su maldad. Pero apresúrate antes de que también a mí me destruya.

Mis amigos, me ayudaron para llegar a casa, estoy frente al armario donde está el espejo, es más fuerte el olor nauseabundo a vinagre y azufre. Con una manta blanca en mis manos, bendecida y aromatizada con olor a ruda, romero y albaca preparada por mis amigos, logro acercarme más, siento la presencia de la abuela y me fortalece. Adela aparte, susurra una oración. Abro el armario y me encuentro frente a un objeto totalmente distinto al que yo había comprado y admirado. Me ciegan los ojos sus reflejos tan intensos, y las fisuras son ahora más abundantes, como la urdimbre floja en el tejido de Penélope. Ante esta visión, me protejo los ojos con la manta, la arrojo sobre él, antes de que empiece a someterme. Está muy pesado para cargarlo yo solo y pido ayuda a Rafael, para llevarlo hasta su vehículo.

Al salir en el automóvil, apresurados de la pequeña ciudad, sucedieron extraños acontecimientos en el trayecto al campo abierto.

—¡Cuidado ese semáforo cambió rápidamente a color rojo sin tocar el ámbar, y ese mendigo pidiendo limosna en la banqueta, se atraviesa intempestivamente! Yo miro al cielo esperando un poco de ayuda. A mi lado, Adela con la cabeza cubierta sigue luchando en callada oración.

Es pleno día, en medio de un campo abierto con el sol en nuestras cabezas, colocamos el espejo sobre la candente arena, y de golpe, arranco la tela

blanca para exponerlo. Multitud de reflejos brotan como fuegos artificiales y se desvanecen en el espacio. Pensamos que todo había pasado, volteamos a verlo y una enorme llamarada, acompañada de un ruido ensordecedor, nos hizo reaccionar, fueron pocos segundos, hasta dejar solo cenizas, y en seguida, un eólico remolino se encargó de dispersarlas y llevarlas lejos.

A un lado de nosotros dos, Adela de rodillas parecía una santa mirando al cielo.

De regreso a casa, me pregunto: ¿qué hubiera pasado, si en el momento de quitar la manta, una enorme y oscura nube cómplice, se interpusiera como infernal escudo entre el rayo bendito de Apolo y ese objeto maligno?

EL CARRITO DE LA LIMPIEZA

Durante la noche, en un horario de nueve a seis de la mañana, atraviesa por los largos y solitarios pasillos de aquel viejo hospital público, donde se encuentran las distintas salas ocupadas por los enfermos, aquella mujer encargada de la limpieza, empujando su carrito cargado con utensilios, herramientas y productos utilizados en su higiénico quehacer, que no se puede decir diario, sino nocturno.

Desde que se adentra en los corredores, se reconoce el ruido producido por las pequeñas ruedas de su singular carro, al cruzar las nervaduras de las frías baldosas. Su figura es impresionante. Por reglamento, lleva su indicado tapa boca que le cubre parcialmente su regordeta cara, y solo deja ver parte de sus rojas y redondas mejillas, sus ojos son muy pequeños, casi cubiertos y ocultos por sus abultados y rojizos pómulos. Su figura corporal, es de una notable gordura, y la hace caminar con mucho esfuerzo y lentamente, haciéndola más impresionante a la vista.

A veces se detiene, tal vez para descansar, simulando contestar mensajes en su teléfono celular.

La he estado observando desde mi cama de enfermo, en mis desvelos por la molestia de un dolor que no me permite dormir. Veo cómo se detiene frente a las puertas de las salas, donde escucha

con su agudo oído el respirar de los enfermos y con una mirada distinta, escudriña con vista de águila a quienes ocupan cada cama. También le gusta escuchar con interés, los quejidos, suspiros, ronquidos o ventoseo de los pacientes. ¿Qué utilidad, rendimiento o beneficio puede tener una empleada de limpieza en el estado de salud, de los enfermos allí internados? Sobre todo, los más graves casi moribundos y con los estertores finales a flor de garganta.

Anoche justo a las doce en punto, pude ver su carrito del aseo, y no era tal. Es para mi sorpresa, un carromato oscuro, siniestro, cargado con espadas, grilletes, tridentes, lanzas y guadañas. No era entonces lo que se veía a simple vista como trapeadores, cepillos, escobas o recogedores de basura. ¿Porque a esa hora se denuncia la verdadera figura y el contenido dentro de esa exagerada y simulada gordura?

¡Qué astuta es la muerte! Siempre se ha visto bastante flaca y de una osamenta esbelta, ¿cómo es que ahora se oculta para que no la descubran, y huyan de ella, en un disfraz cómo botarga muy opuesto a la realidad de su presencia?

Los médicos y enfermeros anoche se vieron muy atareados, corrían de un lado hacia el otro, llevando y trayendo medicamentos, sueros, aparatos portátiles, jeringas y ampollitas, apresurados de paso, casi atropellándose para atender de

emergencia a una paciente ya anciana, con varias noches en dolorosa agonía. Era entonces cuando al fondo del pasillo, aparecía lenta y calladamente aquel carro de limpieza, empujado por la mujer obesa, rodando directamente a la puerta de esa sala, a su lecho y a su alma.

Rodeando su cama, dijo el médico encargado a sus asistentes:

—No hay nada por hacer. —Solo ordenó la desconectarán de todos los aparatos utilizados en su atención, para luego continuar—. Hora de su muerte, las doce de la noche con doce minutos. —Luego se quitó sus guantes de látex y salió de la sala sin ver que alguien traspasaba con facilidad su cuerpo, provocándole solo un pequeño y rápido escalofrío.

El carrito de la limpieza, que se había quedado quieto afuera de la sala, se volvió a poner en movimiento, pero esta vez sin hacer ningún ruido, como si volara por el aire sobre el piso de baldosas para desaparecer rápidamente, dejando atrás un camino de luz clara y éter cuando se dirigía hacia el cielo.

En la sala, sobre el cuerpo de la anciana, solo una sábana blanca cubriendo por completo su inerte masa corporal, que el tiempo había envejecido y deteriorado.

Un llanto de dolor silencioso de sus familiares y un “no” desesperado resonó en la silenciosa y temerosa sala.

Por varias horas no se escuchó el rodar siniestro de las llantas del carro de limpieza, ni se vio por ningún lado a esa robusta mujer, encargada de llevarse los ánimos humanos de allí, de ese hospital, donde constantemente se producían, para beneficio o sanidad de la humanidad.

DIAGNÓSTICOS

Urge un médico psiquiatra con sus efectivas drogas. Quiero me ayude y me apoye en este vagar constante de fobias perniciosas, provocadas por la debilidad de mis nervios. Por el terror absoluto aprendido en mi cerebro, cuando mis sentidos han multiplicado su potencia al sentir el miedo, a un incierto y tambaleante futuro que me asusta y me hace sentir cada vez más cerca de un final espantoso y no me deja estar en paz.

El galeno dijo:

—¡Locura! Locura de no saber manejar bien su vida. y asustarse por cualquier cosa. La receta: dosis exageradas de calmantes e inyecciones para controlar los alterados nervios.

—¡Castigo divino! —argumentó el cura. Esto se provoca por los pecados cometidos, su curación es a base de misas, rezos y diezmos a la iglesia. Debe llevar siempre en su cuello esta medalla de San Cristóbal y untar agua bendita en la frente y en las sienes.

—¡Un mal de ojo! —diagnosticó el curandero del pueblo. Es la maldad impuesta por la envidia heredada sobre las almas de mis ancestros.

Recomienda: hierbas, amuletos, limpias de fuego humeante y baños aromáticos con rezos desconocidos a los santos y los demonios de moda.

Y yo, sin saber qué pasa cuando llega el viento a

mi ventana de nervios acortinados en mi cerebro, y se filtra el silbido del oscuro aliento sobre mi cabeza. Sigo asustado, no se remedia nada. Paso el día y la noche a oscuras, temblando, y temeroso por mi alma, sin saber qué hacer ni a donde ir para salvarme de este miedo que ahora me tiene ululando en pena, desde aquella vez, cuando arranqué de mi mente con una metálica explosión, los temores de mi cerebro.

AL FINAL

Se escaparon las sales de tu cuerpo y están escurridas tus glándulas corporales. Tienes una imagen de muerto en vida, con un solo suspiro al borde de tus labios craquelados. No hay calor en tus carnes, estás frío, sin el aliento necesario para seguir viviendo.

En el pasillo, la muerte ya estaba en el umbral de la puerta de tu recámara, y luego se adentró, se sentó en una silla imaginaria al lado de tu camastro gélido, esperando para llevarse a tu desprotegida alma.

Discúlpame por favor, porque yo la vi desde antes con intenciones de llevarte con ella. Pero por temor y asustado, me quedé sin hablar ni poder moverme.

Perdóname, por mi mudez y cobardía, ahora lo confieso. No pude decirte nada.

¡Tenía mucho miedo!

Índice

Fantasma	16
Celos	17
Miedo	20
La cabeza	22
Visiones	30
Almas impecables	31
Se vende terreno	33
Mis parientes	36
Los cuatro	37
Aliento	42
Ofelia	43
Rutinas	48
Hechizo de piedra	49
Dulces sueños	53
Venganza	54
Tormento	60
Reflejos	61
Segador de ojos	64
Reencuentro	68
Hidrofobia	69

Pecados	74
Regreso	75
Juegos	78
Visitas inteligentes	79
Epidemia	85
Dones	87
Inesperado destino	90
Purgatorio	93
Legado	96
Sentencias visuales	98
Actuaciones	107
Contrato	109
Qué miedo	113
Robo	114
Visitas	117
Premura	122
La compra	123
El carrito de la limpieza	129
Diagnósticos	133
Al final	135



www.pech.icm.gob.mx

Este libro se terminó de imprimir en el año 2024.

Consta de un tiraje de 300 ejemplares.

LITHOMAPCOLOR, S.A. DE C.V.

Mariano Azuela No. 11510,
Complejo Industrial Chihuahua.
Chihuahua, Chih. México
Tel. (614) 481-0155

www.imapcolor.com

PRIMERA EDICIÓN

AÑO 2024

Hablar de *Terror* y *Fantasia* es una invitación a sumergirse en nuestro ser oculto, y en la magia de la oscuridad cuando la experimentamos a ojos cerrados. ¿Acaso existe algo más terrible en el interior, cuando escudriñamos los retenidos instintos y no sabemos cómo controlarlos? Ver los fantasmas integrados al cuerpo o como un relieve en la superficie de nuestra piel, podría conducirnos a vivir las pesadillas cotidianas, en donde no se puede encontrar una piadosa solución al conflicto impuesto por las fuerzas invisibles.

Imaginar escenarios terroríficos y fantásticos, tomados de la mano de Homero, puede ser sorprendente. Este autor logra con cada escrito, llevarnos a observar la realidad con un tono distinto. Los objetos cotidianos se convierten en motivos de incertidumbre, pero también en puntos de partida para la reflexión sobre dos temas que a todos nos asustan: la vida y la muerte.

En reducidos espacios, este compendio tiene historias completas. Pueden leerse despacio, en pequeñas dosis, a cucharadas, siguiendo las huellas de lo que nos asusta y no podemos ver, solo intuir o imaginar.

La lectura a la luz del día suavizará el miedo, pero, a la media noche, sin duda, intensificará los escalofríos en tu espalda.